

M^a ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ



Catorce vidas
(Poesía 1995-2009)



Diputación
de Salamanca

CATORCE VIDAS

M^a ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

CATORCE VIDAS
(POESÍA 1995-2009)

Prólogo de EDUARDO MOGA

Diputación de Salamanca
2010

EDICIONES DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
SERIE AUTORES SALMANTINOS, Nº 40

1ª Edición: Mayo, 2010

© Diputación de Salamanca y la autora

© Del prólogo, Eduardo Moga

Para información e intercambio dirigirse a:

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
Departamento de Cultura (Publicaciones)
C/. Felipe Espino, 1, 2ª Planta
37002 Salamanca (España)
Teléfono 923 29 31 00. Ext. 617
Fax 923 29 32 56
E-mail: ediciones@lasalina.es
<http://WWW.lasalina.es>

Diseño y maquetación: Difusión y Publicaciones

Ilustración de cubierta: "Secuencia" de Amable Diego

I.S.B.N.: 978-84-7797-331-7

Depósito Legal: S. 421-2010

Imprime: Imprenta Provincial

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

*Si catorce vidas son dos gatos
aún nos queda mucho por vivir*

FITO CABRALES

Catorce versos dicen que es soneto

LOPE DE VEGA

*Si el universo consta de un número infinito
de términos, es rigurosamente capaz de un número
infinito de combinaciones —y la necesidad de un
Regreso queda vencida.*

JORGE LUIS BORGES

*Un número es una entidad abstracta que
representa una cantidad (de una magnitud). El
símbolo de un número recibe el nombre de numeral
o cifra. En matemática, la definición de número
se extiende para incluir abstracciones tales como
números fraccionarios, negativos, irracionales,
trascendentales y complejos.*

WIKIPEDIA

*Siete títulos en catorce años. Una vida
dentro de dos. O dos dentro de cuatro, o cuatro
dentro de ocho...*

M^a ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

ESPLENDOROSA MINUCIA

M^a Ángeles Pérez López reúne algunas características que la singularizan en el panorama de la poesía española reciente. Por una parte, su minuciosa investigación de la forma y la sustancia de las cosas, una manera oblicua de abordar el examen del ser, que elude la abstracción de las elucubraciones metafísicas, pero que no ahorra agudos pavores e inesperados sobrecogimientos. Por otra, su decidida inmersión en los tumultos del cuerpo y su afán por *decir* su sexualidad, esto es, por trasladar sus estremecimientos ensangrentados a la piel de la página. Ambas preocupaciones aparecen trabadas por un lenguaje incisivamente metafórico, consciente de sí, vigoroso y, cuando conviene, feroz. No resulta extraña esta inclinación analógica en alguien que ha leído con hondura a todas las grandes voces de la poesía hispanoamericana del siglo XX y, en particular, a algunas de las más poderosas, como Vicente Huidobro –sobre quien redactó su tesis doctoral–, César Vallejo –al que cita dos veces en *Catorce vidas*– y Nicanor Parra –cuya poesía ha estudiado cabalmente, como demuestra su introducción de *Páginas en blanco*, una amplísima selección de la obra del chileno, publicada en 2001, a raíz de la concesión a éste del X Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana–.

El cuerpo está presente en la poesía entera de la autora, compuesta por cuatro libros: *Tratado sobre la geografía del desastre* (México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1997), *La sola materia* (Premio Tardor, Alicante, Aguacilar, 1998), *Carnalidad del frío* (Premio Ciudad de Badajoz, Sevilla, Algaída, 2000) y *La ausente* (Cáceres, Diputación / Institución Cultural “El Brocense”, 2004), y por las plaquettes *Geografía personal* (Barcelona, Cafè Central, 1995) –luego recogida en su primer libro–, *El ángel de la ira* (Zamora, Lucerna, 1999) y *Pasión vertical* (Barcelona, Cafè Central, 2007). Desde sus primeros versos, las cosas se definen por ser visibles, esponjosas, vulnerables; por revestirse de carne y adornarse de su quietud y, a la vez, de su temblor. De esta estricta constitución material se desprende un erotismo raigal, que viaja con alborozada naturalidad hasta la página, donde prende en nombres policromos, de sonoridades cerámicas, que entrechocan con los nombres adyacentes y se ofrecen a nuestra contemplación como entidades jadeantes, recamadas de sudor. M^a Ángeles Pérez López despliega un arsenal de sensualidades, que pasa por el cuerpo y el asombro ante el cuerpo, como aquél que sentía Claudio Rodríguez ante su mano desnuda, y que se magnifica en pasmo ante el yo, o ante los muchos yos que lo han habitado. En el poema V de *La ausente*, «el hombre que hemos sido en el pasado/ se acerca lentamente y nos saluda/ como quien ve de pronto a un conocido/ borroso y desprendido entre la niebla...». El yo aparece desdoblado, desgajado de quien es, y la autora lo observa con la misma curiosidad –y la misma conmiseración– que a cualquier otra cosa. El deseo –un deseo pánico, que excede los percederos límites de la anatomía y se extiende hasta lo inalcanzable; un deseo que emana de la desesperada certidumbre de que hemos de morir– impregna la realidad y la forma de decir la realidad. Quizás una de sus mejores formulaciones se encuentre en uno

de sus poemas más tempranos, el XVIII de *Tratado sobre la geografía del desastre*, en el que leemos: «Yo no sé lo que haría sin la gloria del tacto,/ sin la efímera gloria del tacto,/ puñalada de luz en el desastre». Este tacto que nos rescata del desastre cobra formas aún más explícitas en poemas posteriores, desplegándose abiertamente en sexo, pero sin abandonar nunca su condición de refugio, de nódulo que nos vincula con el mundo y, por eso mismo, por esa conexión subterránea y sin brumas, nos reconcilia con él. Así, en el poema XXII de *Carnalidad de frío*, la poeta revela que «continúo subiendo por tu pene/ y así estoy conjurando la caída del tiempo/ la caída devastada de la gente...». Estos versos no sólo describen el acto amoroso con una claridad insólita, únicamente igualada por Ana Rosetti en la poesía española contemporánea escrita por mujeres; también revelan la concepción del cuerpo –con su fragilidad y su dolor, con sus servidumbres y sus miserias– y del amor –esto es, de la voluntad de unirse a otros cuerpos– como la única salvación posible frente a las embestidas de la nada. Una salvación, sin embargo, que no se identifica con el ascenso, pese a la clásica antítesis establecida por la poeta entre elevación y caída, sino que se cifra en una más abrasadora penetración en los abismos del ser: como sugirió Nietzsche, se desciende en la misma medida en que se asciende; y también Nerval, en *Aurelia*, dictaminó que cuanto más alto se sube, mayor es el ahondamiento: más adentro se llega. La celebración del cuerpo se acompaña de una condolida constatación de los sentimientos que suscita. Por eso la poesía de M^a Ángeles Pérez López, y, en particular, la contenida en *Tratado sobre la geografía del desastre*, es también un diario sentimental, que da cuenta de los agujonazos de la ausencia y el desamor, y al que el uso de algunos motivos otoñales, como la caída de las hojas, traslada connotaciones mortuorias.



Pero, como se ha señalado ya, ese cuerpo que protagoniza la poesía de M^a Ángeles Pérez López es también el cuerpo de las cosas. La poeta presta una atención singular al color y la forma de los objetos, a su respiración y espesura, a su mero y trascendental estar; a su ser más íntimo, por ser también el más visible. Así, José M^a Barrera ha observado que convierte «en densidad “el vaho de las formas”»¹. El poema inaugural de *La sola materia*, el libro más específicamente entregado a esta acuciante, casi clínica, exploración de las cosas, refiere el caer de la lluvia, pero desestima tanto su transmutación metafórica como la averiguación de su sentido: su único propósito será «restaurar el orden» y «mostrar el mundo en su sola materia». Las cosas son el cuerpo del mundo, y a ellas debemos abrazarnos, como al cuerpo del amado, para escapar del mal. Las cosas adquieren tanta importancia que cobran vida, se hacen palpitantes, crepitan o ronronean; muy a menudo, se personifican: el granito canta, las cazuelas se estremecen, las cafeteras suspiran, la piedra se queda sin aliento. Las frecuentes sinestesias revelan también esta traslación vital, este inmiscuirse en los seres de alientos ajenos, de latidos que corresponden a otros: trinos amarillos, tacto amargo, voces oscuras, luz estridente. Pero M^a Ángeles Pérez López no acude a otros mundos para surtirse de realidad, sino que se sumerge en éste: mira a su alrededor y desmenuza, entre analítica y jubilosa, lo cotidiano, más aún, lo doméstico. Sus poemas están plagados de ropas, migas, trastos de cocina, flores, cuyo tratamiento —«una epopeya de lo mínimo», como la ha definido con acierto el poeta venezolano Luis Enrique Belmonte²— re-

1 José María Barrera, «La sola materia», *ABC literario*, 12 de junio de 1998, p. 12.

2 Luis Enrique Belmonte, «Mostrar el mundo en su sola materia», prólogo a M^a Ángeles Pérez López, *Materia reservada*, Caracas, Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2007, p. X.

cuerda a la poesía objetiva y obsesiva de Francis Ponge. Como he escrito en otro lugar³, M^a Ángeles Pérez López expone el estupor que produce lo próximo, y aun lo ínfimo. Y lo hace cumpliendo con el que, para Hölderlin –y después para Valente–, era el requisito fundamental del negocio poético: una receptividad radical al afuera, aunque entrañada, vuelta carne y signo propios; una porosidad whitmaniana, aunque no derramada, como en la copiosa poesía del estadounidense, sino estricta y taladrante. En la exposición de ese espinoso comercio entre ser y mundo radica uno de los aspectos más arriesgados, y por eso mismo uno de los más meritorios, de su poesía, siempre oscilante entre ambos extremos ontológicos: lo que está fuera entra y lo que está dentro sale; lo alto baja y lo bajo sube; la materia se vuelve sentimiento y el sentimiento, objeto. En *Catorce vidas*, todo busca el entrelazamiento o la fusión: lo interior y lo exterior, lo pequeño y lo cósmico, lo otro y el yo. En esta batahola de sucesos y maridajes, no exenta de quebraduras, el cuerpo, desasido, extraviado, girando en el centro de un torbellino universal, encuentra una polémica correspondencia con el mundo. En el poema XV de *La ausente*, la boca quiere ser el lugar donde descansen las encinas; en el II de *La sola materia*, casa y cuerpo se identifican; en el XVIII de este mismo poemario, la bañera se imagina el cauce de los ríos. Pero en esta trabazón, celebratoria y hasta exultante, subyace una ardua conciencia del dolor. Se busca la unidad con todo para reducir la fractura que somos desde el nacimiento. Se aspira al desvelamiento de la materia para cobijarnos en ella y escapar a las inclemencias del mundo. Se persigue el placer de la carne para olvidarnos de la caducidad de la carne. Lo insignificante adquiere, pues, una dimensión

3 Eduardo Moga, «Canto en la palabra y en la sombra», *El Invisible Anillo*, núm. 2, diciembre de 2006, p. 93.

existencial: las cosas circundantes, incluso las más nimias, alimentan una reflexión sobre el ser y el paso del tiempo, como esas manchas en la ropa que testimonian los años transcurridos, o el desgaste en los objetos que se advierte cuando se pasa la bayeta para limpiarlos. La memoria, segregada por el tiempo, o antídoto contra el tiempo, es otra presencia relevante en la obra de M^a Ángeles Pérez López: una memoria individual, que recuerda las tribulaciones de la adolescencia, las tragedias familiares o los fracasos del amor, pero también una memoria genérica, arquetípica, que se remonta a los orígenes de la especie, y que nos relata la presencia del mamut, la caza del bisonte o la menstruación de la primera mujer. No es casual, por otra parte, esta alusión a la sangre, que menudea en *Catorce vidas*. La sangre y su fuente, el corazón, mencionados en todos sus libros, pero sobre todo en *La ausente*, son símbolos de vida, pero también testigos del sufrimiento. La herida –y un ramillete de símbolos subordinados: la llaga, el estigma, la cicatriz– se erige en uno de los motivos recurrentes de la poesía de M^a Ángeles Pérez López, como representación del desgarrar en que consiste vivir. La sangre se invoca junto a otros fluidos, corporales o naturales, que reúnen asimismo esta significación bífida –creación y destrucción, fecundidad y estiaje, nacimiento y fin–, como el agua y la lluvia, que fertilizan y arrasan; la leche, que nutre y ahoga; o el semen, que da vida pero también inicia el inexorable camino hacia la muerte.

Lo existencial se acentúa en *Carnalidad del frío* –donde se articula una oscura quermés de desesperanzas–, presidido por el miedo, la soledad y la muerte. El título, en el que se conjugan la pasión por la materia y la evidencia del desastre, metaforizado en ese «frío» de resonancias gamonedianas, no deja lugar a dudas sobre la deriva lacerada de la poesía de M^a Ángeles Pérez López, aunque nunca renuncie a la sensualidad: sus lamentos se materializan en himnos cromáticos, desbor-

dantes de pulpa, salobres, que pueden acariciarse o masticarse, y cuyo dolor se perfila con mayor gravedad merced, paradójicamente, a la alegría del verbo ígneo y bullicioso. Y ello es así porque, como sostiene Juan de Mairena, «la poesía, aun la más amarga y negativa, [es] siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, porque el poeta cree siempre en lo que ve, cualesquiera que sean los ojos con que mire»⁴. Conforme avanza su obra, los versos de M^a Ángeles Pérez López devienen más fluidos, más encabalgados, y se espiritualizan, aunque sin perder su textura, su entereza corporal; se hacen más abstractos, más íntimos y pensativos, pero no cejan en la turgencia y el tropo. En *Carnalidad del frío*, un conjunto gobernado por la amargura y el terror, la poeta define lo que somos como «la intemperie» y deplora, a la vez, el «fárrago cotidiano del no ser». Quizás por eso proclame su deseo de regresar al vientre de las aguas y al silencio primigenio, remontando el curso de la sangre: una metáfora del seno materno, donde es inconcebible el dolor; o invoque, en el poema XV, el viejo mandato horaciano del *carpe diem*, sostenido por una airosa anáfora, que desemboca en este epifonema pugnaz: «Reclamo este minuto sin orillas./ A sabiendas de todo lo reclamo». En el poema VIII, narra el efecto que produce un agravio en el espíritu e hilvana, en impecables endecasílabos y alejandrinos, una sucesión de pequeñas pero desoladoras catástrofes, simbolizadas por un geranio caído en el suelo: «Y esos siete silbidos del vocablo/ me siguen como perros en las horas/ en que el rencor amuebla mis rincones/ y atrae a su cortejo la palabra desastre,/ la palabra fracaso, o bien la floración,/ pero solo si viene junto a su rotura...». Es significativa esta

4 Antonio Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. 1936, edición de José María Valverde, Madrid, Castalia, 1971, p. 172.

apelación a las letras de la palabra que da origen al poema, porque acredita otra de las claves del libro y, en general, de toda la obra de M^a Ángeles Pérez López: la convicción de que sólo la escritura, junto con el sexo, se opone a la devastación, al terror de ser y a la opresión de la muerte. En el hermoso poema XIX, la poeta reclama al amado que la eleve hasta el ápice del deseo, y la redima así del tiempo. Para ello, recurrir de nuevo a la imagen del ascenso, pero no a alturas místicas o celestes, sino a lo terrenal, a lo interior u horizontal del cuerpo, por medio de la metáfora barroca que identifica a la vulva con una puerta: «Ven. Sube hasta mi puerta,/ entreabre los goznes despojados,/ la bisagra del cuerpo y de la casa...». Ambas, literatura y amor, se funden: la tinta es roja como la sangre o blanca como el semen; y escribir es copular: «Estoy ante la hoja de papel/ y pienso que la tinta la fecunda,/ la ensucia felizmente con su esperma/ oscuro y rumoroso como el agua...».

Pero los desastres de la existencia no son sólo individuales, sino también colectivos. En *El ángel de la ira*, un conjunto de apenas cinco poemas, publicado por primera vez en una plaquette de la benemérita colección «La Borrachería», de Zamora, y cuyo título remite al clásico *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, abanderado del existencialismo español de posguerra, la preocupación de M^a Ángeles Pérez López, enmarcada en la certidumbre de la derrota, pero rebelándose contra ella, se orienta a la crítica social, y denuncia la pobreza y la violencia machista, entre otros delitos de la modernidad. El examen de lo que define, psicológica y socialmente, la feminidad es otra de sus constantes, y la preocupación por la posición subalterna de la mujer en el gran teatro de la realidad, por su vulnerabilidad esencial, informa numerosos recodos del flujo lírico. La inquietud social de M^a Ángeles Pérez López asoma también en otros poemarios –como *Carnalidad del frío* o *La*

ausente–, pero en *Él ángel de la ira* se reviste de una especial indignación, en algún pasaje elevada a furia. El relato del ángel caído, en una poesía en la que no faltan los ecos cristianos, y la figura rilkeana del ángel, que es, a la vez, un espíritu puro y un ente diabólico, como el ser humano, inspiran esta meditación ácida, este canto que, como dice el poema V, pretende hacer «temblar primero a las rodillas,/ después a los mineros,/ a los encarcelados/ y a los que santifican los domingos,/ a los insobornables y su esencia/ podrida como un cántaro de mierda...».

Un último rasgo me parece destacable en la poesía de M^a Ángeles Pérez López: su solidez formal, que se apoya en un raro dominio de los metros y de la mecánica de la imagen, crujiente, libérrima, exacta, en ocasiones taraceada por un sutil irracionalismo o una levísima dislocación. Luis Enrique Belmonte ha subrayado su «afán constructivo, [su] búsqueda de vertebralidad, algo que, en su composición, la hace vertical»⁵. No por casualidad una lacónica plaquette suya, publicada en Barcelona en 2007, se titula *Pasión vertical* –como la poesía homónima de Roberto Juarroz, o como la defendida por Hans Arp y Samuel Beckett, entre otros, en su celebrado manifiesto «Poetry is vertical», muchas de cuyas proclamas son aplicables a la poesía de M^a Ángeles Pérez López–. En su epílogo, una de las escasísimas reflexiones que ha publicado sobre su propia obra, afirma «el amor por las formas, la arquitectura con sus leyes rigurosas (fraternidad de las columnas, los pilares, los arbotantes como cuerpos estrictos y flexibles, a un tiempo). Así son las mujeres que aparecen aquí recorriendo esa geografía todavía personal: cuerpos estrictos y flexibles, amparados en el cobijo de esos otros grandes cuerpos (...)

5 Luis Enrique Belmonte, «Mostrar el mundo en su sola materia», op. cit., p. XV.

que, no obstante, también encarnan diversas formas de dolor. Y en medio (...) de los cuerpos, la poesía como un espacio sólido y delicado a la vez que aspira a suturar los tiempos, las fronteras». En esta búsqueda constante de reconciliación que es la literatura de M^a Ángeles Pérez López, sus poemas se disponen siempre de acuerdo con unas mismas pautas visuales: sin título, escandidos, con pocas divisiones estróficas, desplegados como lápidas líquidas, como cuadros frondosos y sucintos, en los que se hermanan el decir y el silencio, la plenitud de las cosas y la evanescencia de las cosas, lo torrencial y lo inmóvil. No otra es la vida: una mezcla de presencias y ausencias, cuya permanente herida algunos, como M^a Ángeles Pérez López, restañan con poesía.

EDUARDO MOGA

*Tratado sobre la geografía
del desastre
(1997)*

I

tanta flor de espuma
y trinos amarillos para el tiempo
o frutas sugerentes

me izaré sobre tu miedo desplegado
con alas pequeñas de mosca imprescindible
porque llevo comiendo
miles de panes y peces
desde antes
y me lloran los cestos si tú dejas
las redes destrenzadas en mi ombligo

II

Este tiempo en que hallamos
que nunca han sido verdes las serpientes
sino solo duna y viento conjurable,
que estallan botones y costillas
porque crecen pulmones como ríos,
como magma-deseo en oleadas,
en resacas de afán apresurado.
Un lagarto perdido en el Mar Rojo,
gotean las estrellas sudor de labios mendicantes.
Han anunciado lluvia de espigas en la tele,
y el llanto vertebral de tierras infecundas
acaba ensordeciendo los latidos,
los espasmos, la contracción de músculos y sangre
de una niña que pare un roble sin corteza.

III

Temblor de los andamios interiores.
Descorchada la luz
como una flor de vientre enardecido,
¿dónde el soplo del aire
al final de sí mismo,
en sí mismo abotonado por cada hora?

Calcinación y el lento llanto del desastre.

¡Oh primor de las formas, y el reverso
es una herida ambigua...!

IV

Sé que poseo algunas cosas,
¡ay mi pequeño afán coleccionista!,
la caja desatada de los truenos,
un oscuro baúl para las lágrimas,
alicates y un dedo de agua de algún sitio,
la precisión exhaustiva de los ríos que no cantan,
un demonio pequeño sin poder contra la muerte,
fotos de amigos perdidos y no sé cómo,
recodos del camino,
indecencia del camino
su color, su dolor,
más fotos de amigos,
una torre de aire para los relámpagos,
el peso innoble de las palabras que no se dicen,
las nubes de Morón y su sombra temprana,
hasta el ojo huracanado del que se termina hablando siempre,
y total para qué,
si lo que yo quería,
en el fondo, e interminablemente,
era la voz hondísima de Julio.

V

*Pero Equus es un pájaro muerto en la otra orilla,
la ribera más otra de tus pliegues.*

Nada busco. Un ojo circunflejo
en el espeso hueco de saliva
redondea ombligos al principio.

¿Y el hambre y la sed
de las oscuras ninfas de la cólera?

Los nombres de unicornios maldicientes
guardan olor de labios empolvados
o pedazos de semen para el tedio.

También nuestras ratas más ocultas
tienen derecho a un párpado y a ortigas
para acallar las voces del deseo.

VI

Memoria.

Este viejo dolor de alcantarillas
varado en una célula de escape.

Las torres y pájaros legítimos,
antiguo temblor de arquitectura
para soñar las piedras desplomadas...
Y ocultar los tres salones del aire
ya ocupados.

O tres vértebras de luz insuficiente
sosteniendo las brevísimas caderas.

VII

Construcción innegable de espacios interiores
¿y luego qué?

Siempre hay un viento primero de la tarde
y un cigarrillo a punto para el vacío del alma
pero no sé que hacer con toda esta belleza.
A mi boca se sube el agua de los ríos,
el torrente preciso de mares y saliva
y me ahogo despacio, en las primeras voces
porque ya no soporto el canto de la piedra,
el canto irrespirable del granito,
y porque me he quedado sin tabaco.

VIII

He ahí un muestrario de voces imperfectas:
hay palabras como cristal mascado lentamente
y pedazos de lengua irrespirable
como un puñal de soles, y los sueños de espejo
en muchas de las bocas,
pero en la noche no necesito guía para tus muslos
ni el mapa de esas venas diminutas
ni distinguir los diversos acentos de cada diente,
pues me crece un intenso sabor de geografía.

IX

El perfecto dibujo de la piel amarrada,
a sí misma amarrada,
desplazando el aire con cada movimiento,
tiene un perfil de piedra,
de palote de niño dibujando.

Tiene un peso de piedra
y el oscuro entrecejo de la luz resbalada
porque la luz siempre resbala sobre las cosas

y no lo entiendo.

X

Aviso.

Mi maldición es la de todo cuerpo:
el centro desolado del desastre
se vuelve sobre sí mismo
a cada rotación,
y no hay modo de rozar, ni con los labios,
sus hojas sonrojadas de ternura.

XI

Puedo disfrutar de tantas cosas...
Placer de inventariar mis posesiones,
el oscuro oleaje del sexo masculino,
los cuerpos inmensísimos en su gloria desnuda,
el abrazo del hombre y de sus piernas,
los dedos largos de la distancia entre los cuerpos
¡oh voz privilegiada del escándalo!

pero siempre me rindo a la evidencia:
monotonía del dolor,
repetición intensa del dolor,
cuántos modos distintos para un llanto común
e insobornable.

XII

Mordedura de tiempo.

Recuerdo con precisión cuando fui rosa de sangre
y crecían las libélulas de las orejas de los niños;
luego, esponja de luz en la bañera
para alumbrar los pechos dulces de las muchachas;
y ahora, delegada por el gobierno de mi país
para acompañar en su luto inconsolable
a las socorridas plantas de interior...

pero mi sueño es ser el plato perfilado,
la escudilla de espera
sin memoria ninguna de ceniza.

Y es que conozco

el modo como los cuerpos cortan el aire

el vómito secreto de la piel amarrada
que dejamos caer por las esquinas, o encima de la mesa de
mantel amarillo, para un amor precipitado en su mismo vértigo

y el derribo de los andamios interiores
que deja un llanto de huérfanos insoportable porque cada vez
mueren más obreros construyendo y es una pena.

XIII

Yo era una hermosa piedra para el aire.
Espesa, rotunda, y con un ojo claro
para alcanzar al águila en el pecho,
con la marca de la sangre del azor
—otra forma de decir mi propia historia—
o de un pájaro cualquiera para el caso,
con la marca de las plumas del azor
o del águila también, o la serpiente,
con la marca de la tinta del azor
con que escribir los nombres aún alados,
la nómina esencial del corazón.

XIV, 1

la memoria es un vaso astillado
y es fácil sangrar si lo acerco a la boca

pero igual siento sed
de la detenida relación de mis anales,
de la historia de los que amo cercana, lejanamente,
también de los que no amo ni de cerca ni de lejos
e igual me duelen con su perfil intenso y subrayado
por el lápiz sin punta de vallejo
o de vélez

XIV, 2

la memoria es un líquido espeso e insufrible
de sangre, semen, silabarios,
cáscaras de plátanos maduros sobre el cuerpo,
hojas de menta y rojo para el aire
y todas las palabras que habitan la espiral, se azuzan,
tiemblan torva o simplemente,
se desmoronan de placer o espuma,
corren con sus patitas y se elevan
tan torpemente que dan risa

aunque al final ocupen
el enorme vacío de las voces calladas

XIV, 3

la memoria

tan tontamente imagino
que las cosas son pequeñas y perecederas

tan tontamente supongo
que es perecedero el tiempo concedido
para que diga julio y otras cosas
por ejemplo te quiero
dame otro cigarrillo
cuánto tiempo sin verte
me asfixio en la distancia que nos impone el aire
pero podré olvidarlo si vamos al cine
y soñamos juntos que estabas a mi lado y no dolían
los pétalos arrojados para el paso del enemigo
y su espada flamígera,
o que no dolían
los puentes despalabrados o desmoronados
(o sea, sin palabras y lejos de Morón)
que se hundan en la niebla
y uno empieza a atravesarlos y se hunde en la misma niebla
antes mencionada
—aunque seguramente nunca hubo camino
pero yo no lo supe hasta la soledad inmensa de un puente
que no lleva a ninguna, ninguna parte
por mucho que nos dijese el plano lo contrario—
o que no dolían
el aire que nos separa,
la desastrosa distancia del corazón
que bebe sus recuerdos largamente
y se desgarran los labios pero bebe igual
aunque ya lo sabía desde el mismo comienzo de las cosas

XV

Como cada noche
desde hace cierto tiempo
(dos años,
tres meses,
dos días,
y casi ocho horas),
anoto en mi cuaderno de ausencias
que no vienes,
marco con mi lápiz despuntado que no llegas
–y bien que te avisé que era importante–,
escribo mi cólera en el aire,
miro a otro lado para disimular mi enojo,
apunto obscenidades en tu nombre,
maldigo esta agonía
pequeña y repetida,
me siento
y lloro amargamente...

XVI

Si me coloco al borde de mí mismo,
puedo rozar el perfil del aire,
mordisquearlo,
su solidez de piedra aminorada.
Puedo notarlo, igual que noto
mis desvelos, cerilla, flor de papel enaltecido.

Objetos para la luz siempre precisa,
la exactitud es otro modo de dolor.

¡Oh reducidas estancias cotidianas!

XVII

caen las hojas con un fragor indescriptible
escucho cómo tiemblan contra el suelo
golpean las aceras
salpican entre el barro de las calles

escucho cómo conspiran en las ramas
su estrategia de caída sus modos disciplinados de caer
pueden rozar el agua y suspirarla
pero se imponen nuevos métodos
hermanas compañeras hijas del mismo aire que respiro

escucho el ruido de los nervios exaltados
excitación ante el combate
las consignas reclamos ¡¡oh modos tan exactos de caer!!
mirada de arcángeles soberbios
el gesto de un ángel turbador
desnuda su belleza
y rescatada

XVIII

Los dedos con que cuento las cosas que me pasan
tienen su vida propia,
anidan las costillas de mi hombre,
atraviesan el aire con perfil riguroso,
pasean por su cuenta y riesgo, y no me entero,
me sorprenden con su extraño atrevimiento,
atrapan el relámpago y música en la noche...
Salgo a buscarlos a altas horas, siempre preocupada
y amanecen en cualquier sueño barato,
tanta educación primorosa para esto.

Desde el tiempo lejano en que surgían
del volcánico marasmo de la infancia
y narraban la cal y el sabor de la lluvia,
he sentido su vocación de extrañamiento,
la aventura gozosa de lo ajeno,
del cuerpo que no es de uno, pero casi,
y qué más, de la espada que se enarca.

Yo no sé lo que haría sin la gloria del tacto,
sin la efímera gloria del tacto,
puñalada de luz en el desastre.

XIX

Los estigmas del cuerpo
–expansión de los signos horadados
desde el metal brillante de las flores–,
mis señales o surcos de la voz más primitiva,
marcando siempre zonas acotadas
de pájaros translúcidos,
son llagas olorosas
que con el tiempo dan palabra como fruto.

XX

Yo tendría los ojos llenos de mar para la tarde
y un lago prematuro en las axilas
con el que ser columna y sal
para las tres de un día cualquiera de verano,
y hebras dulces de algas floreciendo
en cada trozo de arena agonizada
por sed y hambre milenaria de presencia,
de humedades temblándonos la nuca,

si vosotros no fuerais
sino océano

contorsionado amor de mediodía.

XXI

*Si no fuera por esta delimitada sucesión de trapecios, –me dijo–,
ya nada regresaría, sino solo el silencio de antiguas hechiceras.*

Pero yo sé que podemos habitar el aire¹,
los huecos, los pequeños vacíos como espigas,
derramar esta savia confinada
en espacios extrañamente ilimitados.

Amor vegetal para contornos.

1 Aire es el espacio multiforme comprendido entre dos cuerpos entregados.

XXII

cómo decirte, después de ocultar las flores del desierto
que me tiemblan las calles y los juncos
de tanta palabra naufragada
o mimar estas verjas, celosías
de castillos antiguos como el aire

cómo cambiar baúles de memoria
y muñones de tiempo sin espiga
por dos litros de viento huracanado
con los que perfumarte la cabeza
y ungirte oasis en vientres arenosos

XXIII

He tenido un llanto largo como una herida
durante el tiempo extraño de los vientres
y la estación primorosa del desastre.
Desazón goteada lentamente.

He tenido un llanto largo como una llaga
que ha ido menguando, y al fin, tan pequeñito,
no queda ni el pudor de carne transparente
ni el pudor de haber sido
un cerco insoslayable de células nerviosas
tan tibias y feroces como el sexo.

XXIV

Conozco mi culpa.

Aprendizaje lento e insobornable.
No hay quien dé más por menos,
ni manera
de asumir esta flor que hiera el agua.

XXV

Es esta la conciencia precisa de la boca
diseñada a cinceles y martillos
con que romper los músculos hermosos.

Tiemblan las alas ya reconocidas,
el deseo de ángeles soberbios,
y espada de dulzura
...y espadas de dulzura.

¿Y si dibujo un beso imprevisible
tras romper en el yunque de las horas
un momento preciso, insoslayable
como una piedra?

Inocencia

de ver en todas partes vientres de luz,
promesa de botellas creciendo anatomía.

XXVI

Si todo mi alimento han sido
pedazos de vidrieras hermosísimas,
el tacto amargo del vidrio en ocasiones,
¿dónde está la incompleta textura de los labios?

Así pues, necesito un nuevo articulador de sonido
y vísceras sabias
para aprender las voces oscuras de las cosas,
que llegue a ser tan dulce la sabiduría,
mis hojas de limón enternecido.

XXVII

Tendría que estar prohibido guardar las cartas
que fuimos recibiendo con sellos de colores y diversos;
más aún leerlas: leerlas debería estar penalizado
con castigos severos y adecuados para la gravedad del caso:
por ejemplo, el incendio del amor que tuvimos,
por ejemplo, la visión del cuerpo que no fue
desde la distancia insuperable de los años,
o sentir que envejecen y se agostan, marchitan
los labios con que tocábamos el arpa
del deseo y sus notas verticales,
por ejemplo también la lectura de los primeros poemas
(una experiencia atroz e inenarrable),
o bien otras torturas refinadas, solemnes.

Tendría que estar prohibido hurgar la historia
aunque sea personal y reducida
a un tamaño proporcionalmente ridículo.

XXVIII

¿Qué tal si, por ejemplo, llega hasta mí un hombre
y desnuda sus pétalos de sombra?
Puede entonces mostrarme sus heridas,
las hondas y pequeñas,
también las más pequeñas
(el desaliento previsible desde antes,
un oscuro reconocimiento de lo propio,
ese lento camino de las horas
hacia sí mismas, cerrándose en ovillo),
o las más grandes, incluso las más grandes
—aunque aún supuren—
(como aquel hueso inquebrantable del tiempo que se escapa,
la quemadura del cigarro que yo fumo,
una tirita obscena porque oculta
un dolor que sintió y ya es rutina,
esa misma rutina de acostumbrarse al mar
y a que no lleguen cartas desde lejos).

¿Qué tal si, por ejemplo, ese mismo hombre herido
me muestra su corola de luz en la penumbra?
Puedo besar despacio cada una de sus llagas,
escuchar sus lamentos y mecer su cabeza,
escuchar la espesa voz del deseo que canta
—reconozco su clamor porque es antiguo—,
y alimentar el hueco por el que caen las horas.

¿Qué tal si, por ejemplo, y para terminar,
el hombre del que hablo todo el rato
mira crecer de sus antiguas úlceras
la extraña superficie de otras nuevas?

El amor es así, tan denso y tan inútil.

XXIX

Podría ahora,
mientras un hombre duerme aquí a mi orilla,
remontarme por el río de la sangre
hasta la piedra primera de mi especie,
hasta el vértigo inicial de una mujer ceñida
por los signos, apenas descifrables,
que fueron roturados en su cuerpo.
Mi madre, y la suya, y la suya de la suya,
se agachan despacio y miran en silencio,
se acuclillan despacio.
La mujer que es primera de mi genealogía
caliente en su entraña aquello que rezumo:
la tintura más roja de la sangre,
el ocre de la piel sobre sí vuelta
hasta alargar las manos y el deseo,
ese blanco sin adjetivos de las lágrimas
o la leche que nace por sí sola.
La palabra es una excrecencia más tardía,
no nos ha sido dada por igual,
ni siquiera en mi origen más cercano
se encuentra el don de hablar y conjurar la muerte.

Por eso estoy condenada a nombrarlas a todas.

La sola materia
(1998)

I

Mientras llueve,
ahora mientras llueve,
yo no pienso en Machado
ni en la dimensión metafórica del agua
ni en que es plancton o fuente de la vida
ni tampoco en que a veces equivale
al semen, a la humedad del útero
donde todo comienza y se desata.
No me pongo a pensar tampoco en su sentido,
su escondido valor en el orden simbólico,
o a qué se corresponde cada pequeña gota:
si es lágrima, ojo, canto o bien melancolía.

Lo que hago mientras llueve es renegar despacio
porque el agua se queda prendida en los cristales
y trae hasta la casa el limo de otros sitios;
porque sé del trabajo de esconder el salitre,
el polvo de la arena molida hasta su hueso
o la sombra de aljibes, de estanques y de fuentes,
del mar que se deslumbra por su propia espesura.

Si, como ahora, llueve,
yo no pienso en Vallejo con su aguacero triste
y menos, casi nada, apenas, en Machado.
Solo en la obligación imperiosa, excitante,
de restaurar el orden que se había hecho añicos
y devolver al vidrio su primera función,
la de mostrar el mundo en su sola materia.

II

A veces sé que soy como reina del mundo
porque tengo el don del agua en exclusiva
y puedo borrar del suelo de mi casa
la huella de los rostros que ni intuyo,
la sombra de los sitios que ignoro,
todo aquello que nunca será mío
en ningún caso,
bajo ninguna condición.

En la casa que habito, y también en mi cuerpo,
derramo a borbotones el agua más amarga
cuyo canto oscurece las voces escondidas
en las jícaras, cántaros y botellas de luces.
También por el pasillo analizo en detalle
los lugares con trampa
donde puedan quedar las voces que no escucho,
las que atesoran su eco, su sonoridad.

Esto siempre me ocurre cuando ando de limpieza,
cuando el agua, insistente, revela su figura,
cuando suena en estruendo
y corre contra el tiempo,
contra las escaleras,
cuando sale de prisa del caño que la guarda,
cuando arrastra la sal que se fue acumulando
sobre aquellas antiguas marcas del origen.

III

En el vientre impaciente de la lavadora
los colores se mueven por capricho
cuando voltea la máquina, se mece,
contorsiona su línea vertebral
sometida por leyes intrigantes
al ajustado margen del temblor,
la sacudida, el espasmo.

El rojo, el amarillo, el verde menta
se confunden y mezclan, recolocan
la paleta original de los colores,
abigarran el agua con sus tonos,
se exprimen para ofrecerse hermosos y amarrados
al jabón, la lejía abrasadora.
Componen un universo impredecible
y juegan a que tiñen el lino, el algodón,
las telas indefensas en el inquieto espacio,
las telas que se apropian del gris,
azul marengo,
para el forro o la costura primorosa,
aprensivas, temibles en su ira
si el resultado es torpe o irritante.

Hasta que no interrumpo el movimiento
y apago ese artefacto incomprensible,
no vuelve cada prenda con su primera imagen,
con la forma natural, la liberada
del sueño, la fantasía venturosa.

IV

Las ollas,
las sartenes,
las cazuelas
que aguardan en los muebles de mi casa
saben bien cuando apenas si puedo imaginar
la textura, el olor, el sabor a comida.
Pero saben también,
y entonces se estremecen,
si es que vengo soñando que la mesa se llena,
que alguien parte en pedazos el pan,
su corazón.
Entonces abro armarios y alacenas sin llave,
busco aquello que dé compañía a los platos,
a los vasos que cuidan la memoria del agua.

Y me ocurre a menudo que no me acabo todo,
que no puedo olvidar que es que ando esperando
a varios comensales que no llegan
ni tampoco se excusan
y yo que los extraño:
aquella multitud de alumnos silenciosos
que miran sin hablar a la Malinche,
Huidobro y don Gonzalo que lo trae
para que no esté sola cuando almuerzo,
Geist y Vélez, Muriel, Juan, Isa, Estrella,
Miguelito y su aura, sus rodillas,
su espina de justicia, la ternura.

Con ellos se hace denso el vaho de las formas
de todos mis aperos de cocina.

V

Yo también he visto a la cafetera, autónoma, temblar,
pero sé que no tiene vida propia
aunque a veces suspire desde el fondo del agua
cuando hierve.

Igual que otros objetos casi útiles,
proporcionados al esfuerzo de alcanzarlos
para habitar estantes
y ocupar la añoranza de lo reconocible
cuando ando viajando de la casa al trabajo
o a México o Colombia,
por ejemplo.

O igual que otros objetos tan felices
en su acertada inclusión en los manuales,
coherentes, parecidos a sí mismos.
Artefactos para el orden,
sencillos y sensatos, impecables

pero que no,
que apenas dicen nada
que es falso que tengan alma propia
que son supercherías de mi cuenta
de mi cuenta y mi riesgo
si los oigo temblar o suspirar
en la espuma azulada del agua cuando hierve.

VI

Suena como un silbido,
pero no estoy en la estación del tren,
ni junto a la quilla, salada, de algún barco,
no estoy entre los maizales
oculta por la sombra de un sol al mediodía
jugando a que me encuentras no me encuentras,
tampoco de pastora de los versos
aguzando la vista, conformando la boca
para atrapar palabras que no hayan sido dichas,
ni estoy de vuelta del principio
donde la voz articulada es un paso de la tribu
hacia su asolación como edén,
o como paraíso,
no estoy tampoco entre los alveolos de los dientes,
en los huecos diminutos y exactos de los dientes,
ni en la piel rugosa y tierna de la lengua
cuando se humedece de sí misma
y del gusto de moverse en ese espacio reducido
y fogoso,
no estoy.

Pero sé que, si oigo más veces el silbido,
no es un vagón oscuro para bellaquerías,
el viento de la tarde si andamos en otoño
o la lengua que roza el contorno del aire
lo que suena en la casa,
sino esa llamada primitiva y sonora
de la ropa que aguarda su doblez,
su trazado perfecto y perpendicular
por el vaho insidioso de la plancha caliente.

VII

A veces me acerco al dormitorio,
cuando nadie me ve me acerco hasta la cama
entibiada en la luz de media tarde.

El sol prende sin ira los cantos de los muebles
y adormece el sonido de las puertas,
de los muelles, los íntimos resortes,
o el pálpito inicial de los objetos
que acunan su silencio lentamente.

Las cortinas reposan en su calma aprendida,
en su calma obligada y repetible,
y yo me acerco despacio hasta la cama
para rozar las sábanas, la colcha,
por si guardan memoria de la noche,
del tacto de la piel entretejida
al pudor de la almohada,
del susurro del tiempo y de la voz
cuando se agosta el día y su miseria.

En los pliegues, escasos y ordenados,
a menudo se adhieren algunas indolencias
y se quedan jirones de historias de eufonía,
de historias de la voz que canta un canto antiguo.
Por más que en la mañana el aire se me cuele
por la ventana inmensa, y por más que yo estire
las sábanas, las mantas,
con rigor militar, con esa disciplina
exigida a la historia de mi género,
por la tarde hay fragmentos de la noche anterior,
de las noches vividas allí mismo,
y no logro eludir esa llamada.

Es que no quiero eludir esa llamada.

VIII

Para las hojas de papel sobre la mesa
no queda más camino que el final
del polvo, de la ruina.
Ellas lo saben, también yo soy consciente
del paso de la tinta
por los complicados vericuetos de la historia
—así, minúscula, humillada—,
por los márgenes de piel con que se encuentra,
por el espacio angosto del camión, de la fábrica
hasta desembocar en el vacío sonoro,
en el blanco impertérrito
del comienzo del mundo, y su poder.
Pero mientras que andan por la casa,
las hojas de papel recorren los lugares
determinados de antemano para su uso:
el cubil oscuro y redomado de la memoria,
el revistero abotargado de sí mismo
o la costumbre de nombrar lo que está lejos.
Antes de recoger con método, con orden
las cartas, los diarios, las revistas,
los folletos de la salud o la abundancia,
los recibos preñados de otros tantos,
los trozos de papel, garabatos queridos,
siempre temo que queden sus palabras flotando
en el aire impreciso de finales de octubre,
por si fuesen como árboles caducos,
desprendidos
y atroces
en la generosa entrega de su carnalidad.

IX

Un día se superpone a otro.
Una tarea a otra.
Un desayuno y su cuchara a otro.

Forman como las capas del hojaldre
o de la gelatina:
no llegan a fundirse,
no se amasan con el sudor del tiempo,
no crecen como el pan repleto de las horas
empeñadas en lograr su perfección esférica
y crujiente.

En la cocina, mientras huelo
el perejil anónimo, la sal,
o la leche que hierve
–y que también suspira levemente–,
imagino que todo encuentra su sabor,
la dimensión exacta del gusto requerido,
ese espacio para el pleno desarrollo
de las papilas gustativas
y su redundancia,
de modo que no sean tan iguales
un desayuno y otro,
como no lo son
una cuchara y su gemela,
recuperadas en su perfil,
en la mella individual
e intransferible
del golpe contra la taza o el destino,
de la caída vertical hacia la ausencia.

X

Cruje el andamiaje de las cosas
cuando el viento remueve las paredes
de su cimiento sólido y compacto.
El armario, la cómoda, la alfombra
se estremecen despacio si es que ulula la tarde
contra el vidrio insistente en su firmeza,
y tiemblan aterridos, acechando
el amparo del calor, el de la hoguera.
También vibran los cuadros, se reclinan
de un modo que es apenas perceptible,
inclinan su paralela hacia el lado más rojo
en el que se abriga la imagen del dibujo
—los labios perfilados por un beso de Klimt
o un maizal con retrato de mujeres—.
Cuando el viento golpea los tabiques
y clausura las puertas, las ventanas,
los marcos enjoyados de belleza
oscilan levemente y juntan sobre sí
el soberbio, el espléndido color
del cuerpo acariciado por el óleo,
por el lápiz, el pincel, enardecidos,
por el agua en su justa proporción
hasta formar un rojo de incendio, atardecer
que se escapa del lienzo y prende los recodos.
Por eso hay que temer a los carteles,
las láminas colgadas o apoyadas
en su dulce serenidad del aquí estoy,
porque gira su paralela y se desgasta
(la referida al suelo, al trazo de las tejas,
al levísimo trazo del objeto en silencio
y azotado).

XI

Cuando llueve,
como ahora, que llueve,
aguardan en las cuerdas
mojándose sin prisa ni concierto
las sábanas, las toallas, los trapos de cocina,
la ropa modestísima y sensible
al tacto cariñoso de lo limpio.
Ondulan en la cuerda reventada
mientras sueñan un viaje
en el que no hay ventisca,
un recorrido audaz y descarado
por las playas de arena, de deseo
si es que no estamos en octubre
ni noviembre o diciembre,
sino en los días que expanden
una luz incendiaria
más allá de sí mismos, de su sombra.

La ropa que se orea contra el viento,
contra el agua paciente,
y se encoge despacio aletargada
está soñando un viaje placentero
hacia sitios de nombre impronunciable
en los que se rescata el verdor del origen,
su húmeda y caliente enredadera
escalando las piernas, subiendo por el tacto
aguzado y febril, incandescente.
Está soñando un paraje imposible y remoto
en el que el sol moja los pliegues de la boca,
del oído, los dedos,
la silueta impar de los tobillos
y su cónclave amplio en el centro del alma,

de la lengua.

Así que cuando meto la ropa para dentro,
empapada y feliz en su modo de ausencia,
no encuentro la manera de poder despertarla
hasta que no se desperece en el armario,
pequeña y encerrada como siempre
en el estrecho espacio del tiempo que nos guarda.

XII

El hilo se enhebra
en el estricto hueco de la aguja
y trae memoria del huso, de la rueca,
de la paciente disciplina de que hablaba
el libro de los proverbios,
del largo tránsito por el algodón,
por su torcedura
desde que alguien lo miró crecer en su semilla
imaginando el blando copo de riqueza
hasta que es parte diminuta
e imprescindible
de la bobina, la máquina, el pedal.
También del pie o los dedos que lo mueven,
lo liberan
de su propia trabazón, su coyuntura
si es hilo solo, apenas desprendido
de la costura tortuosa y necesaria.

El hilo arrastra en sí
una puntada secular e inmovible
que nos anda trabando, remendando
al comienzo del frío, del pudor,
del forzoso reconocimiento de la tribu
en la lana, en el cuero,
en la piel,
en la enorme cicatriz de los cuerpos desnudos
y amparados.

XIII

Hoy añadido una más a mi lista de manchas.
Y por más que enjabono con saña la memoria
hasta dolerme el recuerdo con su espuma,
hasta dejarme piel y la ira estampada
contra los cuadros verdes de lo que estoy lavando
–también verdes o azules o rojos o aún más verdes–,
aquí persiste igual el estigma del tiempo,
la mancha, esa otra sombra del rencor apagado
pero que sigue ahí y calcina las horas.

Y por más que me ayudo del jabón y del agua
y de toda la rabia que le llega a mis manos,
yo no puedo borrar los borrones del tiempo
ni esconder las costuras, los hilos tortuosos.
Aunque he tipificado las manchas de la ropa
en diversos subgrupos y subcategorías
–las que horadan tejidos porque son vengadoras,
las que quedan clavadas, por siempre, entre colores,
ya que tienen de sí naturaleza triste,
las que se hacen seguir por otras parecidas
de puro cariñosas
y forman un racimo inseparable,
las precisas, rotundas, conscientes de sí mismas,
las pequeñas y humildes pero tan persistentes,
o aquellas ingeniosas y así inclasificables–,
siempre surge una nueva y me anda sorprendiendo
un día como hoy en que siento una herida
distinta a las que yo ya reconozco
con su carga novedosa, inflexible,
de espanto.

XIV

*Para Estrella Sánchez Marcos, que me regaló
un verso como quien regala un pan para vivir.*

Por la casa se ensanchan los olores
de la ropa tendida y empapada,
temblorosa del cierzo del invierno,
del viento, de su filo, de su diente.
Y el olor del jabón, del agua prieta
se mezcla al del café,
al del pan que recuerda en cada miga
la mies resplandeciente en su color,
el agrio de la leche detenida
o el azúcar sin nombre ni destino,
privada del aroma en cada grano
y que solo en contacto con la húmeda lengua
desata la memoria de la caña.

Los olores se mueven a su gusto
como si fuera suya la casa por donde andan,
traspasan las puertas, las paredes,
la hostil separación de los biombos,
juguetean al tiempo de enlazarse
en grupos más o menos imposibles,
y es cierto que se llevan los pesares
en su fragilidad y en su figura,
en el trazo volátil del aroma
que aviva nuestra propia remembranza.
Es cierto que nos quitan la dolencia,
como dijera Estrella, como pude sentir
cristalizada
en aquella palabra seguida en el olfato,
palabra minuciosa e insobornable
que palpita en los dientes y abre las aletas
nerviosas, del corazón, de la nariz.

XV

Los membrillos se pudren
en la sombra de otoño que habita las paredes,
pero guardan una luz abrasada
e ígnea
que macera la carne y la derrocha.
Espacio se adormecen en el fondo del aire
y reposan su esplendor gutural,
su pulpa y su simiente
en el plato de barro y de tintura
casi inimaginable por lo lejos.
En tanto, desanudan su olor,
su esencia, podredumbre
de la carne marchita, envejeciendo
en el primor de formas consumidas
que se agostan al tiempo que liberan sabor,
la abundancia atrapada en el verano
cuando el sol atraviesa las hojas de los árboles
y prende la línea equinoccial.
Por eso los membrillos se quedan reducidos
a su sola materia descompuesta
mientras sueltan sin orden, jerarquía,
la semilla perfecta en su esfericidad,
en su espacio minúsculo e inerte
al paso del invierno
o de la extenuación.

XVI

Hay días en que sueño con escribir un libro
sobre cómo desprenderse de las cosas
y evitar el recuerdo del abridor de cartas
mellado por el golpe de una mala noticia,
también el del separador de poemas de tela
que vino por el mar y cruzó medio mundo
para asfixiarse en el exceso
o en el delirio.

Porque por la casa se congregan
las cosas más extrañas,
impensables,
que fueron poblando los cajones
y perdiendo sus señas,
la silueta inviolable
de ser uno y distinto, diferente
al alfiler, la piedra o la entrevista
en papel cartoné que amarillea
mientras nuevos objetos,
imprudentes,
aguardan en el sople translúcido, voraz,
y se queda sonando en la memoria
la misma melodía para el frío,
para la sal oculta de la escarcha.

Podría ser tan útil
enseñar a evitar los montones de cosas
con su infinita historia inquebrantable
con su furor privado
con su cólera también
con su soberbia.
Y así hasta emborronar los nombres, los colores,
el tiento, la consistencia o la vibración del aire
cuando ruedan hacia el suelo, se desmigán,
deshacen su epopeya sin honor
y sin gloria.

XVII

Del paso de los días se deriva
insoslayablemente
la pátina de polvo que oscurece las cosas,
el color primitivo, su prestigio.
Sobre las fotos,
sobre las cartas que aguardan su respuesta,
se posa la caída de las horas.

Así que cuando empuño mi bayeta,
o sea, cuando la empuño como un arma
combativa y alegre en su violencia,
postergo sin piedad cada jornada
e introduzco una variable impertinente
para dejar constancia de que es que estoy viviendo
entre las paredes, las cosas de mi casa.
Y que mi pulso es firme
como todo lo que amo
desde el esfuerzo ímprobo, inocente
de restaurar la imagen más hermosa,
la desprendida de sí, la aérea,
ya sin su propia penumbra,
sin la sombra tenaz, sin trayectoria,
frágil e incorpórea
y también consistente.

Con la misma fragilidad de lo que nos rodea,
nos circunda,
nos rodea del espacio imprescindible.
Con su ingenua y rotunda resistencia,
sus uñas contra el tiempo
o el olvido.

XVIII

La bañera imagina, ilusionada,
la presencia del pie, la de los brazos
admirables, redondos para el beso
de la piel que los cubre y acaricia,
de las piernas cansadas y felices
por el champú o el gel enjabonando
la orilla corporal de lo que somos.

La bañera imagina, desconchada,
el cauce de los ríos en invierno,
atrapados en lodo, en la corriente
que destaza los álamos, los chopos,
la aterida ribera del ciprés
y siente el placer pequeño y envidiable
de su propia tibieza, su perfume,
del vaho contra el cristal, contra la puerta
jugando a dibujar los emblemas del cuerpo,
su existencia desnuda, la representación.

Mientras en casa la atmósfera caldea
el silencio interior y abandonado
a la espuma, a la insistencia de la esponja
y del chorro de agua indispensable,
la poza de los ríos, litoral,
aguarda solitaria la crecida
del hombre y su figura en el verano,
luminoso al desarrollo del calor
o de la prisa
con que mueve la sangre el remolino
que remonta del cuerpo, del caudal,
de su disposición para el deseo.

XIX

En mi casa hay también un baúl escondido
—como en todas las otras que conozco—,
donde duerme en su ovillo,
en su silencio,
la edad de la apatía, la renuncia
a las cartas, las fotos, los retales
del tejido que hilvana nuestra historia.
En el mío aparecen cosas de lo más raro,
desechadas por orden del sentido común,
abandonadas
a su propio mutismo, discreción,
a su sola materia
en proceso comunal de deterioro,
amontonadas, regladas por el caos
que resuelve su admisión rigurosísima
en el canon oculto, en el revés,
en el nervio de la hoja que, vuelta sobre sí,
encubre su costado, su renuevo.

Como todos los otros que conozco,
mi baúl no era mío desde siempre
sino que fue heredado, sucedido
de mi abuela creciendo hasta la ermita
del vientre y del cariño,
de mi madre también, de sus tesoros,
cuando aposté y gané memoria propia
con que ir atando el hilo con su nudo
a las cosas pequeñas e insufribles
en su común destino para el fuego.

XX

La sombra de la tierra,
la inicial, la ennegrecida,
fermentada por el humus feliz
del nacimiento,
ocupa la dilatada posesión
del tiempo en que no somos,
en que andamos, rumiados,
en la imprecisa coordenada del deseo
de ser y estar que son nuestra condena,
los dos al mismo tiempo, necesarios
hermanos cada día, inaguantables
en su riña, en su celo, su avaricia.

La misma negra tierra que atesora la lágrima,
que atesora con prisa el suspiro,
oleaje,
que especula la justa proporción
de sales minerales, de tesoro
nutriente como el aire, como el beso.

La misma que remonta del invierno,
del tiempo de la infamia, el de la dicha,
la misma que remonta del manantial oculto
con su carga preciosísima de líquido,
la que nace del padre, su batalla
al inicio del amor y de la historia.

XXI

Supongo que crecer debe ser algo de esto.

Supongo que ha de ser el largo aprendizaje
de mirar cada cosa tantas veces
como para cubrir su superficie
de rutina
o costumbre
que sabe de antemano el gesto, ese ritual
del ojo, de la boca
en su risa inicial, en la lejana.

Supongo que ha de ser el largo aprendizaje
de mirar desde atrás, desde debajo
para dejar así manoseada
la cosa que miramos, la persona,
traspasada, capturada por el ojo
que se aburre y se espanta, y no recuerda
la fuerza insoportable de la herida,
tijera,
afilada tijera
contra el cordón umbilical,
la que establece nuestra propia autonomía
celular, sentimental, respiratoria,
nuestra capacidad estrictamente personal
para el desastre,
el estallido
o la deflagración.

La que me nombra dueña de mi baúl de sombras,
de mis aperos,
mi lápiz despuntado,
del uno que quiere copular y sumarse
pero se queda en sí y mira desde dentro
la determinación de la materia.

El ángel de la ira
(1999)

I

La destrucción, el óxido, la herrumbre,
la exacta dimensión de la derrota
y su extenso respiro aniquilado,
las largas chimeneas de las fábricas
habitando en su misma desazón
o el peso vertical con que las piedras
caen a la tierra madre que las vio desprenderse
para iniciar su viaje solitario,
a su modo nos traen el cuerpo de la herida,
esa forma imposible de no desmoronarse,
de caer contra el suelo abiertas en canal,
de pronto desmigadas,
no nutricias.

Porque sé que la vida es tan hermosa
con su luz de septiembre contra el aire
y el amor infinito por los pájaros,
pero a pesar de todo yo no puedo
atender sino al resto de materia
que se ha vuelto una forma de reproche,
hollín, grasa o rebaba de cemento,
el verdín de las cúpulas de Viena
y ese oscuro quejido que trae el deterioro
si de verdad me importa en las personas,
si las cosas son solo una metáfora
imperfecta y estúpida al hablar
del arañazo rojo de la carne
que fue feliz en tiempos más sencillos
y ahora es espina, aguja o alfiler
con que dejar el corazón atravesado.

II

El acento imposible en cada nota,
ese temblor del aire cuando vibra
porque viene la música de lejos,
de dentro de la piedra soñadora,
de su oculto deseo por el agua...

El palpito del aire cuando crece
una nota de luz desde la piedra,
el resplandor que atrapa los contornos
y hace inmenso el sonido,
impenetrable...

Pero no por todo esto se acaban los mendigos,
la floración de especies condenadas
a su nulo sustento, autonomía
de la escasez quebrada por el aire.
La piedra soñolienta, soñadora,
repleta de sí misma, de arenisca
y quebranto, belleza, más quebranto,
se queda sin aliento, se estremece
porque no hay forma humana de entender la pobreza,
el crecimiento vegetal de manos
como ramas,
como brazos creciendo
como troncos,
atados de raíz a la carencia,
extraños y desnudos, doloridos.

III

Hay días en que la luz querría borrar
el signo de la sangre cotidiana
un viernes cualquiera de ceniza
en que un barrendero recoge una paloma
que está muerta en la calle,
caída sobre sí.
No le tiembla la mano
al empujar el cuerpo y su perfume
con preciso
inquebrantable movimiento de muñeca,
y yo miro temblando el gesto elemental
de arrastrar, de alejar lo carnal si no lo es,
si perdió la preciosa trabazón con el pálpito,
su atadura solemne con la vida.
Mientras cae a su muerte yo miro esa paloma
alejada de sí, oscurecida
por el tiempo en que deja el hueco de la especie,
aterida en el suelo de cemento,
su corazón profundo, tan tempestuosa-
mente animal como el mío, tan innoble.

El día trae la marca de su herida.

IV

*Para Ana Orantes, a quien su exmarido prendió
fuego un 17 de diciembre de 1997.*

La mirada insolente
es una forma aguda como un clavo en la tierra,
contiene una porción horrible de sí misma
y apenas imagina
la depauperada humillación de estar
como si no,
del cuerpo que se arruga
y se encoge en su nudo primerizo
volviéndose ceniza, haciéndose invisible
materia degradada por el odio,
la paja que se prende con blandura.

La mirada insolente
acompaña a la mano, a la pierna insolentes
para apresar el cuerpo con el garfio del miedo
porque ella está tan sola y ya vencida,
herida de la queja y azotada
con el tizón de espanto que lleva el que es su ángel
del mal o de la ira.

La violencia insolente
hace temblar los márgenes del cuerpo
y en su lenta combustión como de encina
la tinta de las venas escribe ese calvario
cuando era profanado el templo de la carne
y en el aire se anotan garabatos, graffitis
con la voz enfangada y sucia de ese grito
que calcina los labios, las cuerdas de la boca,

“porque yo no sabía hablar
porque yo era analfabeta
porque yo era un bulto
porque yo no valía un duro”.

Oh cuerpo de papel para la hoguera.

V

Creciendo paso a paso,
moviéndose en la sangre,
avanzando despacio por entre las arcadas
de arterias silenciosas
en la feroz propulsión de la energía,
como un légamo gris y enmarañado
que sopla por la flauta del oído
el aliento enfermizo de sí, de su pobreza,

como un pájaro oscuro entre los dos pulmones,
el estómago, sus vueltas desde dentro del cuerpo,
reventado en la pelea desigual
de hacerse un hueco para cantar un canto
que no sea inaudible,
que haga temblar primero a las rodillas,
después a los mineros,
a los encarcelados
y a los que santifican los domingos,
a los insobornables y su esencia
podrida como un cántaro de mierda,

un canto como un grito como un trueno
inflexible y furioso en su latido,
una voz desde el día de la ira
para prenderle fuego a la historia excesiva
de toda esta amargura que no desaparece,
para quemarse así en su propia violencia,

porque si hay que morir al menos elijamos.

Carnalidad del frío
(2000)

I

Cuando estoy ante la hoja de papel
y pienso que la tinta la fecunda,
la ensucia felizmente con su esperma
oscuro y rumoroso como el agua,
me siento tan inútil e incapaz
mirando la fiereza del amor
de otros versos escritos desde antes
que apenas malamente si me sirven;
tan solo es que conozco la teoría
de una parte del libro que alimento
pero a partir de ahí el camino está
sin marcas ni cercado ni balido,
la soledad es mía y solo mía,
las letras más oscuras las escribo
con el aire que expulsan mis pulmones
y es mía la silbante desazón
con que pronuncio sitios y personas
si ya crecí y no puedo sostenerme
y estoy mirando sola el alfabeto
para ver cómo horada sobre el aire,
sobre el cuerpo del tiempo en el que soy,
estelas o señales demoradas.
Por eso mi mirada no es ingenua
o solo en ese resto de primaria
y soleada picazón de la alegría,
porque gané y me hice poseedora
de la zona de sombra incuestionable
con que las cosas miran a la muerte.
También de la torpeza con que miran
el sol y su calor en primavera
si llegan los manzanos a traerme
el corcho del sabor ya restallado
como un licor ardiendo en el empuño

inútil e insensato de construir,
de armar un edificio de cristal
para atrapar la sombra de ceniza,
rescoldo que dejamos en el aire.

A Juan Luis Calbarro

II

A veces hoceo en la basura,
pero no es elegante, ni resulta adecuado
y yo misma me escondo (también) en mi memoria.
Se abre entonces la estancia del ángel que derrama
la leche del comienzo y me unge la cabeza
porque tiene la fuerza de la espada que corta
como llaga, castigo, la herida más antigua.
El ángel justiciero, el ángel del puñal
es severo y condena al cuerpo malherido
a rotar todo el tiempo por el aire insensible
cuando el propio perfil se abre como una espina,
espina de derrota, de pez embalsamado.
Desaprueba mis gestos, las manos ateridas,
la mueca de las piernas para recolocarse,
el titánico esfuerzo de vencer la distancia
si estoy a la intemperie y lo sé claramente,
si sé que estoy girando sobre mi propia sombra
pero mi sangre es torpe incluso cuando escribe
su lento, demorado camino por el cuerpo.
Porque sé que soy torpe y se me caen las cosas
del atril imposible, de la altura insensata
que está hueca por dentro y muestra sus tesoros:
la voz que no regresa y se queda juiciosa
jugando al escondite con la voz de los otros,
el encaje vencido de la abuela enterrada
en un día sin viento y donde no hay reproche,
las manos que atenazan, que nunca son de espuma
y aprietan el invierno en el tiempo del frío.
Porque estoy en silencio contra el fondo del aire
y eso es poco elegante, no resulta prudente.
Por eso me castiga el ángel de la sombra
y dobla sobre mí los pliegues del pasado.

III

Cómo volver a escribir sobre lo mismo
si todas las palabras que articulo
desde el alveolo azul de los quebrantos
están viejas, podridas, polvorientas,
se anudan a su propio pañuelo enmohecido
y se ocultan, oscuras e imposibles,
llagadas por el tiempo de la herida,
desde entonces tan torpes, imperfectas.

Porque busco otra cosa y no la encuentro,
un verbo luminoso para quemar la tarde,
que de pronto sea todo insensato amarillo,
que venga nuestra gente en la luz incendiada,
en la espita feliz de todas las burbujas
subiendo como locas, divertidas,
a respirar septiembre que es un nombre insensible
y no sabe que guarda el hueco de la pérdida,
que venga nuestra gente y que se quede
a merendar un sol como un relámpago
duradero, eso sí,
que sea duradero.

Sobre todo que sea duradero.

A Isabel Casas

IV

Soy una niña y pinto de colores
el tronco sepulcral de los dibujos,
un árbol como un diente contra el cielo,
la forma imaginada del ahorcado.
Quiero ser una niña y volver hasta el vientre
del agua y su silencio del inicio,
el flujo de la sangre que me lleva
y hace infancia este tiempo insoportable,
pero estoy viendo el mar como la suma
de capas de aluminio y de desecho,
el peso en la cabeza de metal,
la entraña solitaria e inquisitiva
atenta a ese rumor que no se siente.
Vigilo la semántica del agua,
el modo en que la arena se hace verbo
y nombra nuestras huellas en la espuma,
no acaricia palabras para el aire
pero sí los tobillos y zapatos.
La voz que anda escondida en su guarida,
su cajita de miedo musical,
aguarda que restalle el alarido
de estar viviendo el pánico de ser
si el miedo es una forma de la boca,
una expresión del cáliz de amargura.
Las olas entre tanto se divierten,
su canto es insonoro y necesario
para aguardar el tiempo del exceso.

A Carmen Ochando

V

A veces la lengua se nos queda pegada
de tanto atravesar el mismo sitio
sin poder situarse para decir vocales,
sin poder arquearse como una piedra limpia
con su arista,
sin las letras rumorosas para rozar la piel
del cartílago dulce en el oído
de alguien que es nuestro cómplice y ternura
para decirnos hola, qué es lo que andas haciendo,
te espero como al agua, como al pan amasado,
como al tiempo que entrega su abundancia.

Ocurre que a menudo la lengua no se acuerda
ni de su parentesco con el mar
y se queda varada en las orillas
del cielo de la boca, de los dientes,
pues no vienen las viejas consonantes
a reclamar el próximo combate,
ajadas como cuerpos en el sueño,
y cuando vienen arrastran los pies, se descalabran,
caen de sí mismas
y al final ni se animan a pedir nueva audiencia.

Ocultas y andrajosas
se quedan en silencio.
Entonces nos devora la condena.

VI

Tener la boca amarga ya es costumbre
si tengo treinta años y no acaba
el tiempo en que florecen los desastres,
el que asusta, acobarda a las cigüeñas
ocultas en la sombra que da el frío
y sorteando las lajas de cemento.
Tener la boca amarga, la memoria
amarga como el rostro que da el día,
amarga la blandura de la lengua
que ahora duerme inconsciente, acanallada,
estúpida y voraz en su avaricia.
No le importa, dormita largamente
un sueño parecido al de los justos
pues sabe que no puede desprenderse
del peso del presente y su escasez.
Ahora tengo treinta años y no entiendo
de dónde ando sacando cada día
las ganas de reírme, la aureola
con que cubrir la ausencia y su pudor,
ese oculto tesón por no ceder,
no caer de ese lado de la historia.
No quiero ser amable ni educada,
no quiero aposentarme y esperar
que vengan los cuarenta a toda prisa
a ver si traen un viento enfebrecido
que se lleve el presente y lo condene.
Me miro y veo mi cuerpo y su espesura:
el útero que canta su canción,
los dedos, su largura, su tibieza
para escribir el nombre de la sombra,
la duda y la pregunta inamovibles.
Para abarcar el mundo o entenderlo
que creo que se parecen, o eso dicen,

para encontrar mi espacio en este fárrago
frugal y cotidiano del no ser,
para escapar del sueño de ceniza
que apenas purifica y solo deja
desnudo lo que somos, la intemperie.

VII

Por las mañanas marchó a cazar el bisonte,
me cubro con la piel primera de mi mundo,
las flechas son del hombre que acompaña
su sueño y lo acompasa con el mío,
él marcha por su lado y su vereda
para escribir su parte de la historia.
En la mía estoy sola como siempre,
oliendo el miedo atroz y ese reguero
de huellas que conducen al combate.
Esas otras mujeres no cazaban
—las que miran desde antes y sonríen—,
alentaban el fuego y su videncia
ocultas en la sombra de su vientre,
maternas y cubiertas de maíz.
Pero ahora los tiempos son distintos,
la tribu no conoce la memoria,
he aprendido las marcas del venablo
y entonces hago mío el sufrimiento
de atrapar, de arrojar al animal
hasta su muerte escrita desde siempre
y llevarlo arrastrando, desollada,
también yo desteñida de su sangre.
Cuando vuelvo a la tarde me siento a llorar
porque advertí que el miedo es infinito,
y traigo roturadas sobre el rostro
las mías, las heridas de la lucha.
Soy responsable entonces de un pedazo
inmenso del dolor de la contienda,
de que cumplan su plazo algunas leyes
como la universal ferocidad,
de un trozo de la carne y de la lágrima
con que el bisonte sirve mi sustento.

*A Flora Salvati
A Mempo Giardinelli*

VIII

De pronto una palabra nos asalta,
se nos queda rondando impertinente,
se sienta en el ombligo de la lengua
y borra la memoria de las otras.
Si es la palabra agravio, se nos queda instalada
en el mueble central del paladar
y las siete minúsculas letras que la forman
derrochan la profunda dimensión del sonido,
consumen todo el aire indispensable
para decir completo el alfabeto,
para hacer una lista de las enciclopedias,
para nombrar de forma infinita el amor.
Y esos siete silbidos del vocablo
me siguen como perros en las horas
en que el rencor amuebla mis rincones
y atrae a su cortejo la palabra desastre,
la palabra fracaso, o bien la floración
pero solo si viene junto a su rotura
como el caso acaecido del verde vegetal
de un geranio caído contra el suelo,
más fuera ya de sí que de nosotros,
a punto de la savia enternecida
por lágrimas que son como de escarcha
porque vienen del más frío aposento
del corazón, allí donde la sangre
se estanca y se deshace devastada.
El tronco vegetal del alfabeto,
el de la vida rota algunas veces
 nombra entonces la misma desazón.

IX

La espada polvorienta, sin su filo,
añosa como el árbol con su perro
se entoña en el olvido de sí misma
y abona los baúles mutilados.

La espada derrotada por su sombra
no recuerda ni el nombre del herrero
y ya no es más la carne que se hunde
mientras se abren imprudentes las violetas,
ya no es más la herida sin sangre y sin espina
de un tiempo en el que aún se atravesaban
las líneas de la mano con un beso.

La que lejanamente fue espada de dulzura
escupe entre los dientes la saliva agostada
porque sabe que el tiempo no perdona,
pero sabe también que la gloria del cuerpo,
el perfume densísimo del cuerpo
acaba desbordando la medida del vaso,
la de la hostil prudencia de las buenas maneras
y escribe por la espalda como un escalofrío.

X

Las palmas que se agitan en el aire,
que bailan con la sombra que da el cuerpo,
también con la carnal inmediatez
de estar enfebrecidos en la noche
traen lumbre y corazón, carbonería
para romper el vaso y encenderlo
contra el muro de signos del papel.
Traen voces como quejas apagadas
si las anuda el hilo de la sangre
de otras muchas mujeres aguardando
en el broche plegado de la genealogía
que deja su hojarasca y su relumbre.
Se transparenta entonces el luto de los rostros
de mujeres ceñidas a la estirpe,
sombrias desde antes de ataviarse
con telas de la pena y del castigo,
espléndidas y oscuras sucesiones
de sol, de caracola y de su tizne,
de espera contra el fondo de su tiempo
y vueltas sobre sí, estremecidas
palomas de la noche que cantan la alegría,
el frío, la intemperie, la alegría.

A Paqui Noguero

XI

Esa mujer antigua no lo es tanto,
me mira en este hoy que trae la lluvia
sentada en un asiento construido
con la arcilla primera de su pie.
Sentada y con su vientre como centro
inmenso en la belleza de su cierre,
su opaca dimensión de barro recocado
trae modos de sonrisa no apagada
que marcó la hendidura horizontal.
Los ojos son iguales, las orejas
también están abiertas a cuchillo,
rasgadas firmemente por el pulso
del sueño imaginario de su pueblo.
Un hombre modeló su coyuntura,
marcó con decisión las incisiones
por las que había de entrar en ella el universo,
su cuerpo con ventanas para el aire
enrojecido y sucio de la historia,
también para la forma en que cantar
leyendas y pinturas concebidas
por el oscuro brillo de obsidiana.
El hilo transparente y pegajoso
del mundo del maíz y del temblor
sale de ella a través de aquellos cortes
que reprodujo el lápiz de metal,
el dedo de metal y su cuchillo
para abrirle la carne como puerta.
En el vientre hay también una hendidura,
la forma del espacio penetrado
por el surco de semen que hace fértil
el grano de mostaza, el de la sal,
la harina de la masa en que crecemos
como la levadura del destrozo,

condición de sombría pesadumbre
que viaja por la sangre y la memoria
y hace nacer el sol de cada día.

A Charo Alonso

XII

Sobre la piel, sobre las tejas cae la nieve,
la humedad imprevista es la del frío
que trae óxido y resina de madera
atada a cada copo silencioso.
También la ingravidez es la del frío,
la del cuerpo ligero en su espesura
que pide la medida de la escarcha
pues dormían las cosas en su sueño,
también lo haría el cuerpo en su mutismo
de pronto transformado en un rumor,
la corchea aterida de lo acuoso,
del líquido perfecto, transparente
o blanco en la blancura del papel
(en verdad palimpsesto, voz de arena).
Por eso se abre el cuerpo, que conoce
la canción afinada desde el génesis
y la tierra humillada por el frío
escribe entre los surcos tanta dicha.
También el pie celebra la llegada
del blanco inmaterial y su vacío,
la mano que se agacha y que recoge
el corazón del hielo vuelto sombra
recuerda otro licor y su caída,
tan parecida a ésta, metafórica
distancia de las cosas que no es tal.
El sueño de la nieve es el del semen.

XIII

Cuando duermo me vuelvo sobre mí,
abrazo con las manos mis dos hombros
y así encierro en un círculo de carne
ese ardor expansivo que me alienta.
Entonces soy un centro sin orillas,
perdí la orientación de los imanes
y viajo por el sueño sin fronteras
imaginando peces de papel,
frutas redondas y húmedas de agua,
semillas atrapadas en el caño
de savia recorriéndonos el cuerpo
feliz de estar creciendo contra el aire,
algunas amapolas y el cantueso
con que mi abuela entona su pasado,
una pradera verde y sin muñón
en la que estar jugando a que me tocas
despacio, con lascivia contenida,
mientras el cielo mira enrojecido.
También sé imaginar los surtidores
con que la luz penetra por los poros,
incendia los contornos de las cosas,
la piel enardecida por el roce
espeso con que el sueño me aproxima
al comienzo del clima y su fulgor.
En el sueño soy de agua, continente
que perdió la espesura de la roca
y se fue declarando tierra nueva
y virgen roturada por el tiempo.

XIV

Si no viene la sangre y yo la espero
es porque el día aguarda con su hogaza,
trae promesa del agua y su esplendor,
del sol en su caliente indisciplina,
de savia desatada en los naranjos
para que sea el nuestro un viaje hasta la espera,
hasta el término exacto de la espera
que cumple con su gajo y en sazón.
El día trae su pan y su imposible
certeza de la sangre que no viene
por el camino de agua que trae el goce,
por la pared fibrosa del deseo
que sube y baja en márgenes de espuma,
por el túnel oscuro de mi vientre
que albergó como un don incomprensible
el semen y lo hizo florecer,
como un regalo denso y contenido
para evitar la atroz devastación,
el tiempo desolado en que sabemos
que la amapola es roja y también muere.

XV

Reclamo demorarme en cada gesto,
la lentitud feliz en las dos piernas
si tengo todo el sol sobre la nuca
y el tacto es una forma nutritiva
y exacta de sentir sobre la sangre
el viaje subterráneo de la dicha.

Reclamo malgastar cada minuto
en mover lentamente los dos pies
si el sol viene a incendiarme por las tardes
y el tiempo de la prisa es secundario,
si un momento viene en su eternidad,
su condición perenne y sin derrota.

Reclamo la imposible permanencia
de un brazo sobre el aire del verano,
el giro de una mano que se aleja
del cuerpo y se mantiene sin caer
hasta negar rotunda algunas normas
y leyes legisladas en invierno
como la de los cuerpos abatidos
contra el suelo, en el tiempo de la muerte.

Reclamo la bellísima ocasión
de estar al borde mismo de la tarde
en esta permanencia, en la fijeza
de la luz recortada contra el cuerpo
translúcido y tan lejos de su ruina.

Reclamo este minuto sin orillas.
A sabiendas de todo lo reclamo.

XVI

Sé que el mundo es pesado y lo sostengo.
Mis piernas son pilares diminutos,
la pelvis que asegura lo que soy
se vuelve en la penumbra el faro incandescente
en tanto que yo observo el horizonte
buscando tu relámpago encendido
por si es que llega el vértigo o la niebla.
Amárrame, marómame con tu ancla,
trae cartas y aparejos de marear,
juguemos al naufragio y su rescate,
un juego sin pudicia, consagrando
el silencioso espacio de la piel,
su vocación de espuma entre las piernas.

XVII

Morder tu corazón como manzana,
como pulpa vibrante en su tejido
ardiente por la savia de la sangre,
con sus venas pequeñas verdecidas
y a punto de los dientes, de la lengua
con que palpar despacio la carne frutal,
con que jugar a hacer inigualable
el tacto del mordisco y su dulzura.
Morder tu corazón como si fuera
el único alimento necesario
para vivir un poco cada día
si atrapó el sol bellissimo, esencial
con que la luz nos trae las páginas en blanco
para llenar de huellas y colores.
Morder tu corazón como manzana,
como la fruta esquiva en el invierno
que ha olvidado ya el hielo y su puñal
y muestra su semilla erguida por la lluvia
después de abandonar el cofre silencioso
de la noche larguísima del frío.
Morder tu corazón, herirlo suavemente
porque la boca tiene su fiereza
con que rasgar el centro celular
de la carne apretada y concedida.

XVIII

Besémonos, cordero, flor de lana,
hagamos, deshagamos la madeja
que va de ombligo a ombligo hasta el comienzo
redondo y empapado de mi vientre,
juguemos a tocarnos como niños.
Prometo no gritar si me embadurnas
la cara y los pezones con el barro
que excretas y alimentas y enrojeces.
No diré que te temo si te escucho
llamarme con voz ronca e imposible
en lengua parecida al esperanto,
no estaré sorprendida de belleza
si te veo tan hermoso cada vez,
haré como si no te conociese,
descubrémonos juntos, iniciemos
el viaje por la noche y sus contornos.
Podemos dibujar sobre la espalda
el mapa del deseo en signos chinos,
que sea la saliva nuestra tinta
para atraer de nuevo a las mareas.
Soñemos sueños de cartografía
orgánica y corpórea en el deshielo.

XIX

Ven. Sube hasta mi puerta,
entreabre los goznes despojados,
la bisagra del cuerpo y de la casa.
Escala los ladrillos, las rodillas,
la pierna en su medida inconmovible,
remonta en el caudal de la inocencia
que canta su canción entre los muslos,
súbete hasta la piel y su epidermis
arriba del calor, en lo más alto.
Levántame hasta el techo del deseo,
hazme llegar al sitio de la lluvia
cuando cae sobre hombres y pardales,
al lugar del sonido donde duerme
el ángel turbador de la belleza.
Encárame en lo alto, en la espadaña
con que se parte el cielo en dos
sin hacer ruido
y deja derramarse por los campos
la irradiación gozosa de la dicha.
Hazme aérea, volátil, vaporosa,
izada en el pináculo del tiempo.

XX

Conozco algunos juegos. El juego del abrazo
que arrastra las maletas cargadas de impaciencia
para comerte el hueso carnoso de la boca,
las orejas pequeñas, mimosas de cartílago
con que doblar el aire en pliegues de papel,
los dientes y la lengua dormida en esa sombra.
Para comer tu lengua, los dientes que ahora cantan
la inocencia del aire que se vuelve esponjoso
si nota que me acerco a jugar este juego
de comerte la pulpa jugosa de los dientes,
de los dedos burlando el tiempo y cremalleras
que esconden la tibieza de la entraña, la sangre.
Para comer los dedos pequeños de tu pie,
de rodillas y muslos abiertos al temblor
que es esperar el sol que llega entre mis labios,
el que trae una llama para incendiar tus piernas
y el sexo que aguardaba como un ciprés vencido.
Para comer la carne dulcísima del dátil
del corazón nutricio y sus viandas.

XXI

En la noche siento que te estremeces
siguiendo el hilo azul entre las sábanas
que lleva hasta el ovillo de mi cuerpo.
No eres Teseo, qué te importa la urdimbre
que tejió las historias del pasado
si sabes que estoy cerca sosteniendo
el dintel transparente en el que sueñas.
Sé que duermes y mueves despacito
las manos, los tobillos confiados
buscándome sin brújula y sin voz.
A estas horas te sobran las palabras,
las mías, las prestadas por los otros,
el peso de los libros es ligero,
no hace falta ninguna mediación
y el signo es el del cuerpo y de su sombra.
La noche trae el sonido de tus piernas
que se mueven a tientas bajo el agua
en su húmedo principio que es el roce
del cuerpo sumergido en el silencio.
Sonámbulo avanzando por el bosque
de la noche entreabierto en su raíz,
el árbol es el tronco de la carne
al que ceñirse como en mar abierto,
porque duermes y aprietas con los brazos
la infinita distancia de estar solos
y anudas uno a uno los minutos
siempre antes de la luz y su estridencia.

XXII

Mientras estoy subida sobre ti
y juntos arqueamos la bóveda del cielo
solo puedo escuchar el rumor de mi sangre
golpeando los poros, la pared de la piel,
el tambor de cristal de la sangre bombeando
varios litros espesos por minuto.
Cuando estoy sobre ti no pienso en casi nada,
solo siento una zona de sol que me conduce
al amarillo hueco del calor,
al lugar en que tiemblan las espigas
antes de su recolección para la hoguera.
Porque tiemblo y escucho la pulsión de la sangre
como si fuese tierra que se estuviese haciendo
en el horno inicial del corazón del mundo,
escucho su rumor subiendo de volumen
antes de su erupción en lava y en ceniza
y su anverso es el génesis pero tiene también
transustanciado el rostro de la muerte.
Y es que mientras estoy subida sobre ti
me llegan otros ecos de desastres,
lo del desplome azul de las casas de Oriente
que alguien cuenta en la radio, no le tiembla la boca:
Afganistán es nombre de tristeza
si ha habido un terremoto y no era de placer.
Por eso continúo subiendo por tu pene
y así estoy conjurando la caída del tiempo,
la caída devastada de la gente en Tajar,
la redención –que es falsa– del sufrimiento horrible
porque atrapo un instante nuestra gloria insensata.

XXIII

Hay días en que no estás y yo imagino,
supongo que es que vienes a buscarme
y vamos al principio de la historia
para evitar ser frágiles, mortales,
caducos y encendidos de veneno.
A veces soy furiosa, como ahora,
mi deseo se vuelve humillación
y estoy imaginando destrucciones
del tiempo, del ladrillo enrojecido
para que se arrodillen los corceles,
las casas y su mecha, las iglesias,
la fuente oculta de la pleitesía,
el río y su caudal empobrecido.
Para que venga el viento de la ira
y encienda de pasión los minicines,
para que nos quememos en el roce
de hacer migas el rostro del fracaso
que es esta oscuridad del sufrimiento.
Que vuelvas por tu cuerpo y tu cuchara,
porque yo tengo aún tiempo y me siento a esperar
antes que caigan lágrimas, la tarde
obscena en su alboroto y en su ausencia.

XXIV

Para escribir un poema que sea pleno de amor,
incendiado en sus sílabas de escarcha,
puedo releer los libros que conozco
donde alguien tocó nuestra eterna raíz
midiendo la distancia que va del cuerpo al cuerpo
—oh pelea desigual y ensangrentada
de la que no saldremos nunca indemnes,
mordido el corazón en su mismísimo centro—.
Porque bailo despacio un baile repetido
y así me vuelvo junco como otra de las muchas
mujeres, de las niñas, las ancianas
que están antes de mí, las que vendrán
a acariciar tu sexo estremecido
esperando encontrar inigualable
cada una en su señal, en su contorno
el gesto primordial de nuestra dicha.
Porque es común el peso en las caderas
que nos hace movernos, concebir,
guardar el surco de agua que trae el viento.
Es en serio que nada necesito,
la bibliografía podría ser escasa
y yo te tocaría igual cada minuto
aunque hubiese perdido el alfabeto,
el habla del primate vuelto hombre
y espacio vertebral en la belleza.
Apenas me hacen falta las dos manos
para escribir sin tinta ni agonía
el rasgo corporal del pergamino.

La ausente
(2004)

I

Me declaro la ausente,
la que deja su cuerpo en cualquier sitio
como quien se abandona con cansancio
y parece mirar cada grano de arena
que cae pesadamente mientras mide
la ruidosa llegada del futuro,
pero en verdad escucha los quejidos
que los otros esparcen en el viento
como los sembradores de cizaña,
el modo en que la savia recorre como sangre
el cuerpo vegetal de las encinas
cada vez más rojizas contra el sol,
ese temblor apenas perceptible
con que los saltamontes se estremecen
en el salto encharcado por el hambre
o la deflagración que hace estallar al hombre
y lo lanza con rabia contra el suelo
para el festín de lágrimas y pájaros
en el territorio llamado país.

Me declaro la ajena,
la que apoya sus brazos y sus hombros
contra un trozo infinito de pared
mientras tropieza lenta en cada signo
y busca ser visible-no visible,
infame paradoja en la que estar
peleando por mi trozo de dolor,
mi pan envejecido de repente,
pan ácimo y amargo en su alimento
pero tan necesario como el día
y el tiempo en el que gira el corazón.

II

El pájaro que viaja bajo el cielo
y viene a golpearse contra el coche
como quien cae rendido y se levanta,
arrastra sus cartílagos, su sombra,
su corazón caliente y separado
en cuatro habitaciones para el aire.
En ellas se resguardan los alisios
y el frío desconsuelo del invierno
cuando la sangre mueve lentamente
su río enrojecido, su caudal,
su modo de morir y levantarse
para picotear migas de sol.
El pájaro que viene contra el coche
es uno e indiviso, inconfundible,
y si distingue el eco de la especie
y atina a acompasar su corazón,
en el golpe está solo y yo con él,
seguidos por los dogos de la sombra.
Por eso, y aunque apura con violencia
la gota venenosa de la prisa,
su cuerpo diminuto y trashumante
no puede separarse de su sombra,
esa zona de umbría y de frontera
con que el sol nos recuerda el parentesco
insoportable, estrecho de la muerte.
La sombra lo acompaña, me acompaña,
le otorga la tiniebla, desazón
con que encender el día y sus volutas,
la masa medular y oscurecida
en que el tiempo nos brinda sus oficios
y escribe la desdicha a contraluz.

III

El mamut que conoce su extinción
se rasca y se despeina sin cuidado,
se lame los rasguños y sonrío
por si el día está lleno de alboroto,
e igual sale a buscar cada mañana
el musgo, el junco tierno y sensitivo
con que vencer al hambre o al glaciar.
Después duerme despacio sobre el suelo
y sueña con los hombres que dibujan
su lomo atravesado en una cueva.
Entonces siente miedo, se cobija
en un pliegue dorado por la tarde
y olvida cualquier sombra de dolor
al llegar la mañana, el apetito.
A ratos, omitido de la especie,
como uno más de entre los animales,
aguarda y se trastorna, se incomoda,
sonrío con cariño, tiene crías
y canta contra el miedo en las tormentas.
También yo me levanto, me persigno
y me abrocho la luz contra la boca
para salir al mundo y entenderlo
si mueren las violetas por el frío
y alguien queda tendido en la memoria
del llanto, su columna vertebral.
También yo me acomodo bajo el sol
y sueño con los hombres que dibujan
las lanzas para el lomo del mamut,
la herida de su sangre transparente
manchando las paredes de la cueva
como si yo sangrase junto a él

y al hombre muerto en la comisaría
sobre una piedra roja y encerada.
Pero después el día trae el deseo
y vienen la alegría y el antojo,
las hojas diminutas de coraje
y su apetencia herbívora y feliz
para rumiar el tiempo y digerirlo.

IV

El niño mira al cielo y se detiene.
Esconde el corazón y su agitada
torre en la que respiran las palomas
y toca con la mano el horizonte
mientras la tarde tiñe sus telares.
Toca también el corazón del agua
que esconde en su rumor a las cigüeñas
y ese canto inaudible del destierro
cuando llega diciembre con el frío,
ellas que son translúcidas, vitrales
que acercan sus tinturas hasta el sol.
El niño mira todo y lo abandona
por un trozo de tela o de papel
caído y desdichado en su renuncia,
una miga minúscula de pan
que olvidaron comerse los gorriones
y descubre sentado sobre el suelo
que esconden la belleza más estricta,
la mínima certeza cotidiana
del mundo en su completa plenitud
porque una hilacha misma del vivir
guarda también la flor y su alborozo,
su ruina y su minucia esplendorosa.

V

El hombre que hemos sido en el pasado
se acerca lentamente y nos saluda
como quien ve de pronto a un conocido
borroso y desprendido entre la niebla.
Como quien mira a otro y se incomoda
por el salto infinito de la especie
que trae la semejanza y el contraste,
el hueso y su cartílago amoroso,
la oreja, el peine manso y acabado,
el sexo y su ventura, los pulmones
comunes en sus zonas cavernosas,
el mismo corazón y su perenne
afán de traslación sobre la tierra
para llevar el peso de la sangre
hasta la conquistada vertical.

También cada perfil, su discrepancia.
El hombre que hemos sido en el pasado
se acerca y nos saluda en su indolencia,
confunde aniversarios y dolores,
reclama lo que no hay desde hace años,
escucha y llora en su cansancio tosco,
paladea palabras muy remotas:
la ira, la inocencia, el desconcierto,
el mar, sus caracolas encendidas,
el frío, el tiempo lento, la alborada
y su conquista ruin, imprescindible
como una gota clara de placer.

Y cuando va a marcharse pesaroso
repite un gesto antiguo y su señal,
un modo estremecido de mover
el aire y de apartarlo con ternura
que me hace recordarlo, recordarme,

un súbito aleteo en el que el tiempo
tiembla y desaparece calcinado,
viene a ser como un cuerpo no visible,
un modo de encontrarnos sin caer,
un ¡qué más da! y su abrazo sostenido
por la copa febril de la alegría.

VI

El corazón que llueve desatado
y pierde su armazón, su compostura,
su normativa estricta de compuerta
o dique, retentiva y contención,
sorprende en su violencia y se desata
mientras una muchacha incendia una cabina
y grita su dolor humedecido;
así crecen las hojas de los árboles
en la humedad primera del dolor
y el barro ennegrecido de la tierra
que trae su compasión y desamparo
se ayunta al llanto oscuro en cada gota
para hacer vertical la geología.
Llueve también sobre mi corazón dormido
como si no pensase concluir
el tiempo en que los nombres se hacen de agua
y cada gota tiene su porción
alícuota de hierro y de pesar.
Por eso cuando llueve los mamíferos,
los lóbregos mamíferos contamos
despacio y varias veces nuestros huesos,
las piedras de cristal de cada hueso
y su sermón de luz resplandeciente
para llorar de pronto con escarnio,
visibles, necesarios y maduros
ante el día que juzga y nos ampara.

A Raquel Pérez López

VII

El tiempo es una forma de la boca
si descubro aterida que apaciento
un oscuro baúl impredecible
que arrastro de este lado para el otro.
Porque apenas recuerdo su llegada,
la fecha insoportable en la que es mío,
su llave y su candado como espuelas
del corazón y de su espuma roja.
Del baúl salen cosas imposibles
y se golpea la rosa de los vientos.
También salen las cosas personales,
la miga levantándose en el horno
del parentesco vivo y necesario,
alimenticias formas de ternura
o de espanto feroz en el desastre
porque el odio alimenta cada día
igual que la ternura, y envenena
el pan con que la boca se sostiene.
No hay forma de olvidar ese baúl,
de dejarlo tirado en una esquina
ni de perder tampoco ese candado
ni la llave maldita que lo abre,
lo hace un inmenso fardo que nos urge
doblemente como un cadáver sucio
y que es nuestro pasado, nuestro tiempo
en su belleza extraña y condenada.

VIII

La memoria es espesa e indolente,
un resto calcinado de papel
por el que entran y salen las cigüeñas
atadas a las cúpulas de bronce
y al aire en que respira su sonido,
esquirla carcomida de latón
que oxida con paciencia los perfiles
y guarda delicado las palabras
Inmaculada, hermana, amor, destrozo,
mientras pierde los nombres y las fechas,
la sangre a borbotones en el sur
de esa patria lejana que no fuimos.
La memoria es escasa y perezosa,
aguarda con sigilo mi desdicha
y anota lentamente los pesares
pero después olvida el día veintiocho
en que la abuela fue hasta los manzanos
y se quedó a dormir bajo su sombra,
el ruido de la infancia, el desconcierto,
tan alta la inocencia vegetal
de creer que aquel beso no se ausenta,
como tampoco el ruido de la sangre
cuando sale del cuerpo y busca el vientre
en que la madre fue la carnadura,
pureza del olvido y su veneno
como una fruta amarga y excedida.

A M^a José Rodríguez

IX

Dos piernas, dos rodillas, dos tobillos,
los dedos diminutos de los pies
que son tan parecidos unos a otros
y suman sus falanges en parejas,
los huesos semejantes, sucedidos
y su contaduría vertebral
para escribir el peso o el fulgor
son nómina y carbón en papel copia,
perfecta simetría con que el cuerpo
busca no estar tan solo y se consuela
del lunes y su abrazo envenenado.
Por eso se acompasa en paridad,
escruta sus meninges, sus alardes,
su tiempo entristecido y concluyente
y cuenta sus costillas mientras gime,
porque es inmensa la llanura sola
y el sol está tan lejos como el mar.
El día en que nos faltan los afectos,
palabras olvidadas como trébede,
justicia, lapicera o resplandor,
cuando estalla la flor de la torpeza
y aroma los manzanos al troncharse,
el cuerpo se conforma como puede,
busca su concordancia, su acomodo
para la ley de las compensaciones
y balancea su peso duplicado
por el estrecho beso de lo dual.
Tan solo los impares desiguales
—el sexo, el corazón o la cabeza—
revientan en su plomo solitario,
reclaman con ardor para la sed
y exigen de algún modo compañía,
un canto en que se enreden otras voces
haciendo más liviano el universo.

X

Hasta el poema llegan, como islotes
de óxido y de plancton celular,
los restos silenciosos del naufragio
en que quedan los barcos y los hombres
tras el amor intenso, el oleaje
que levanta su proa y la sumerge
al fondo de la mar y sus caballos.
Las caracolas guardan su rumor,
la lentitud sombría en que los peces
desnudos se acomodan a morir
y vuelven cristalina su belleza
de fósil, su armadura transparente,
su vertical caída hasta el silencio
en que el fondo del mar guarda la espuma
que levantó el deseo y las mareas.
En su abisal distancia deslenguada,
amor y mar comparten varias letras
y la raíz mojada por la sal
empapa cada signo tras su empeño
por la coloración y el frenesí.
La boca humedecida, la entretela
del cuerpo y sus humores ablandados,
las veintinueve letras rezumadas
por la líquida masa del amor
después se vuelven piedra quebradiza,
astilla y fósil blanco en su rescoldo,
su agalla enrojecida en el vivir.

XI

El vértigo, la elipsis del poema,
su modo de caer desde el oído
al territorio oscuro de los nombres
es una ausencia roja y calcinada,
la falta en la que el cuerpo se desquicia
y siente la espontánea desazón
del quiste atravesado como un palo,
ganglioma en el que cede la salud
y trae su perturbada partitura
de antflopes y peces diminutos.
También de las noticias cotidianas:
una mujer que corre en los pasillos
y deja su alarido y su centeno
pegado a diez centímetros de corte
(el hacha siempre guarda su inocencia
primera y reluciente en su furor),
las dos niñas siamesas con un solo
inmenso corazón por compartir
que niegan el principio solitario
de que hay un corazón en cada cuerpo
y sin embargo así no sobreviven,
estampas convencidas de los dioses
y una alegría seca y esquinada
porque hoy también el sol prendió su antorcha.
El vértigo, la elipsis del poema
arranca una luz rota de sí mismo
y comparece absurdo, imprescindible
cuando el beso se vuelve insuficiente
y viene el corazón con su tormenta
a traer las animalias de la noche
que arrancan y devoran los olivos,
la grana en que reside nuestro fuego,
aquella como torre de timón.

A Juan Carlos Chirinos

XII

Quando alguien dice luna y se sonríe,
que no crea que inventa la palabra,
que no se regodee en el latido
de la lengua creci ndole en la boca
como un cetáceo rojo y abisal.
Ella está afuera, es carne de su carne,
no habita ni se asienta entre nosotros,
se pertenece a sí, nada le incumbe
la vibración carnal de los fonemas.
Por más delicadeza en cada gesto,
el que asienta las cuerdas musicales
sobre el violín templado por el habla,
ella est  arriba y no nos pertenece,
tampoco a cada niño que trastorna
su aprendizaje lento y laborioso
y descubre esas letras encendidas
contra la noche inmensa, dilatada.
El nombre es solo un golpe de humedad,
un trazo de saliva y de calor
que empapa a quien se busca y reconoce
en el pulso de su animal varado.
Aun cuando no podamos mencionarla,
atónitos de pronto en la secuencia
del signo enmudecido y de su sombra,
aun cuando no sepamos escribir
las cuatro peque s simas partículas
de aire ennegrecido por la tinta,
ella es ajena a su propio relumbre,
al canto y floración de las mareas,
al nombre como un gesto del amor
con su escarcha de luz y su derrota.

XIII

La boca, ese animal sobre la cara
que duerme acomodado de pereza,
la lengua, una flor muerta, una hoja muerta
que quedó sepultada bajo el musgo
y olvida su tersura y su color,
la entraña en que el lenguaje nos posee
y sangra su placenta malherida
por el empeño en ser no imperceptible,
no torpe, no entregado a los silencios,
no estupefacto siempre en cada letra,
no acariciando lento el tenedor
para buscar despacio el asidero
con que emprender el viaje de retorno.
La boca como vientre penetrado
que esconde sobre sí las aflicciones,
su larga parentela de sonidos
que no saben decirle no a la muerte,
los dientes, sus alveolos ablandados
alimentando el don de la torpeza,
y el cielo de la boca, el paladar
para sentir la dura deglución
en que amargan de pronto los duraznos
si quedaron los nombres sin decir
y vino su recuerdo del despojo.
La boca, ese animal sobre la cara.

A Mempo Giardinelli

XIV

La culpa es un mordisco envenenado,
la piedra cristalina que se mueve
y arrastra su reguero de dolor
como un hilo de sangre en los riñones
con que anudar, con mano estremecida,
lo que fue a lo que nunca llegó a ser
pero debió haber sido, si fallamos
en la conjugación de cada verbo.
Después lloramos largos, con pesar
sobre cada palabra sin fortuna
—pareciera que son esas palabras
de pronto como un palpito de sangre,
un golpe de calor en los pulmones
y de ahí a la lengua que se incendia
en el nombre elegido torpemente
si quise decir odio y dije hartura
y quedaron los labios calcinados
en la extensión enferma del azufre—.
La culpa es una forma de la ira,
la hija más violenta del dolor
que arrastra en la elección de cada verbo
el mundo tortuoso de la placa
tectónica y su ardiente recorrido
sobre palabras rojas, hematías
con que escribo este tiempo en el que estoy
o soy escasamente, pero soy,
si puedo no decir, y sin embargo
no tengo otra condena que querer
la vida con sus uñas, sus perjuicios,
sus faltas y su risa, su temblor,
su cofre refinado en que la culpa
se duerme solitaria y redimida.

XV

Conozco la metáfora del grito,
la que rompe la boca, descerraja
un tiro entre los dientes y la lengua
y la deja excedida e imposible
como una flor oscura en el ojal.
Inclusive en los libros olvidados
—en traslación febril del signo al signo—,
ocurre que a menudo las palabras
desmigán la tibieza de la tarde,
violentan el estuche de los días,
la alquitara caliente del afecto
en que fermenta el tiempo y su uva negra.
La palabra ambulancia, su ofertorio
grita de forma aguda y malsonante,
estrecha contra sí la complacida
esfera de cristal para las horas,
discute la ablación de las muchachas
y descoloca el eje de la tierra
si creímos ser nuestro ese dolor
que viajaba en la tarde, y que venían
a dármele, a entregármelo en el nombre
que me dieron los padres al comienzo.
Si es la palabra hermana, o descosido
por la herida tiñendo los lapachos
con su flor encendida en la memoria,
la boca se atormenta para ser
el centro en que descansan las encinas,
la piedra que se enfrenta a su aflicción.

XVI

no
las palabras
no hacen el amor
hacen la ausencia
si digo *agua* ¿beberé?
si digo *pan* ¿comeré?

ALEJANDRA PIZARNIK

Cuando sale el aliento desbocado,
febril o presuroso en su caliente
nube de aire que viaja y que regresa
a mojar de rocío las ventanas,
cada palabra es manto y alboroto,
una forma insensata de querernos.
Cada palabra trae su corazón,
su almendra aprisionada por la lengua.
Si digo pan tal vez no me alimento,
el trigo guarda avaro su tesoro
y no sube la masa a acometer
el cielo de la boca, el paladar,
la amarilla planicie del verano
en que hombres y gorriones se desgastan.
Pero si digo agua, viene a mares,
trae su grito feliz hasta la puerta,
arrasa la matriz de la memoria
y sube hasta el recuerdo enrojecido.
Cuando yo digo agua, no estoy diciendo pan
sino comienzo,
y viene desde lejos con su escarcha,

su fiebre y su esplendor, su poderosa
boca para llevarse los terrores.

Si digo agua, inunda el dormitorio,
escala las rodillas y su miedo,
trae légamo y las piedras de las ruinas
de tantos paraísos fracasados.
Arranca la raíz que nos recibe,
nos devuelve hasta el gesto primigenio
de mirar sorprendidos la belleza,
nos atraviesa y llena con su semen,
fermenta nuestro día en pan candeal,
hogaza acariciada por el tiempo.

XVII

El cuerpo que excrementa y que transforma
en azucena y vino sus pesares,
ejerce con violencia su derecho
a ver el sol que incendia la mañana
y trae la perfección de su redonda
vuelta en torno a la piel y el corazón
para llevar el día a cada pliegue
con que el cuerpo acompaña sus cuidados.
La víscera de sangre que en el tórax
bombea el deterioro, las pasiones
y el río presuroso de energía
para mover las líneas musculares,
gira sobre su elipse y se desplaza
en cada golpe fijo de pulmón:
inspira el aire intacto y sus obsequios,
el modo confiado en que los pájaros
remontan los anhelos y la muerte
y ese lento camino de las horas
haciendo y deshaciendo sus ovillos
para brindar el hilo de sutura
que ate cada día a su color,
porque el pulmón atrapa en sus cavernas
el palpito vital, las contracciones
con que el tiempo se aloja y nos habita.
Pero también espira lentamente,
abona los terrenos de la culpa,
expulsa con denuedo supreciado
depósito de viento y de porfía
y arroja los agravios, las infamias.
En su doble recurso de ida y vuelta,
el hombre se sostiene en su pulmón,
su corazón de sístole y diástole,
su canto en la palabra y en la sombra.

Pasión vertical
(2007)

I

El código genético, en la piedra,
guarda seca memoria mineral
y una gota del mar, denso y salobre
que aroma y desmelenas los pilares
unidos, constreñidos sobre sí,
sujetos por las leyes rigurosas
de la fraternidad, la arquitectura.
Por su ADN blando de arenisca,
su cristalografía marinada,
la piedra crece hasta la vertical
atendiendo instrucciones muy concretas.
Como el cuerpo que crece sorprendido
hasta un punto preciso y se detiene,
así inmodificable y enigmático,
la piedra crece hasta la catedral
que se arrulla en las tardes de febrero
mientras el mar envuelve las pilastras.
Los arbotantes blancos, las columnas
en su fulgor altísimo y veloz
sueñan que se derraman sobre el agua,
que el mar empapa su raíz de piedra
porque estaba desde antes, y escondido.
Sobre la piedra viva, en su estructura
helicoidal de tiempo y de tesón,
crece el cuerpo del cielo hasta tocarse.

A Charo Carril

II

Cuando comienza el día, la mujer
pinta una piedra blanca y otra negra
sobre sus dos pezones agrandados.
En su cuerpo que acaba de estrenarse
y es ágil y flexible intersección
entre el aire y la piel recién lavada,
se injerta las señales, cicatrices,
heridas resecaadas por el tiempo
o abiertas flores frescas, extendidas
sobre el cuerpo sin fin de los demás.
El costurón de puntos en el vientre
de la cesárea que no tuvo nunca,
las pecas que no tiene, los tejidos
que sueldan las lesiones subcutáneas
y pueblan territorios perturbados
por la erosión, la lengua del incendio,
el piercing azulado que no tiene,
la marca sonrosada en la rodilla
del hijo, que contempla con tristeza
por si algún día tuviera que buscar
el hueso muerto en el raíl del tren,
componen el graffiti de su cuerpo,
pespuntes de la piel que a otros importa
y ella escribe en la suya al levantarse.
Como un tatuaje rojo en arenisca
pinta un vítor con sangre de animal
sobre su piel elástica, versátil
y anota en su epidermis los antojos,
las manchas, los estigmas, los indicios
del paso del vivir sobre los cuerpos.
Cuando termine el día, borrará
con una goma grande de borrar
los signos, los oscuros hematomas

bajo los que la piel es hoja en blanco.
La misma sangre roja de la piedra,
pigmento negro y blanco de la piedra
que calentaba el rojo corazón
será arena invisible y diluida.

Pero por la mañana, cuando acuden
el día y sus promesas pesarosas,
la mujer se embadurna con palabras
que son miel resbalando densamente
como lengua de polen amarillo,
estría que es amor y que es destrozo.

A Rafa Pontes

III

La mujer se pinta el cuerpo de azafrán
tras la maceración de los dolores.
El tiempo ha liberado su tanino,
la piedra y la madera se volvieron
espuma microscópica y febril
que subió como hiedra por los arcos
con que la plaza inventa las alturas
y se abre con vehemencia a la ventisca.
También en la mujer penetra el viento
por todas las esquinas, medallones
que se colgó con rabia en la solapa
mientras pintaba en ella y sus maletas
de pronto coloreadas de marrón
o de rojo sombrío por las tardes,
el brandy que dormita en las barricas
y suelta sus antojos y su edad.
Sobre los muslos altos y dorsales
de arenisca soñando en remolinos,
la mujer traza un mapa de isobaras
con que vienen la luz y los naufragios,
el día y sus clausuras, su cantera,
los troncos que el Pacífico retorna
con un amor furioso e impaciente.
También los otros mares depositan
en ella y en su vientre mineral
como una plaza grande y porticada
el corazón mismísimo del tiempo
por su estigma de brote, insensatez
de azafrán o de especias amarillas
con que inventar el júbilo y el sol.

IV

La mujer es un pájaro que arrasa
las tardes encendidas por el sol
mientras pinta en su cuerpo la memoria
como una flor de piedra para el aire.
En cada poro exacto, imperceptible
quedan fijados libros y retratos,
el altísimo arco de su entrada
sostiene contra el tiempo y su malogro
las piernas de la atlante que sujeta
las horas y los días, los trabajos
como almirez que canta su trajín.
No hay mayor fijación, mayor anclaje
en la lenta caída hacia la muerte
de los muros, los auges, los vencesos
y a la vez, con su piercing en la lengua,
con su lengua dorada de metal,
la mujer mueve el mundo y lo trastorna,
lo arrastra y conmociona contra sí,
arrasa como un pájaro las tardes
e inventa superficies cariñosas
con plumas y atavíos muy diversos,
con brújula y castigo del lugar
en que duermen los hombres y las diosas
cuya falda es de jade y de distancia.

Índice

ESPLENDOROSA MINUCIA.....	9
Eduardo Moga	
TRATADO SOBRE LA GEOGRAFÍA DEL DESASTRE (1997).....	19
LA SOLA MATERIA (1998).....	53
EL ÁNGEL DE LA IRA (1999).....	77
CARNALIDAD DEL FRÍO (2000)	85
LA AUSENTE (2004)	115
PASIÓN VERTICAL (2007).....	137

ISBN 978-84-7797-331-7



9 788477 973317



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones